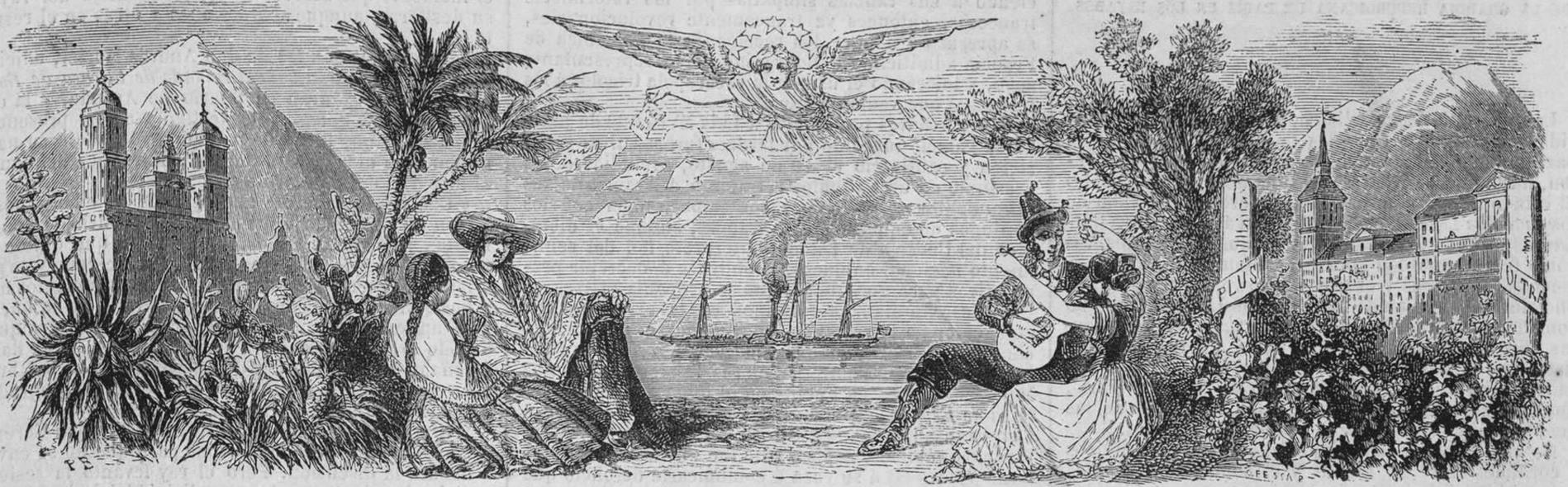


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

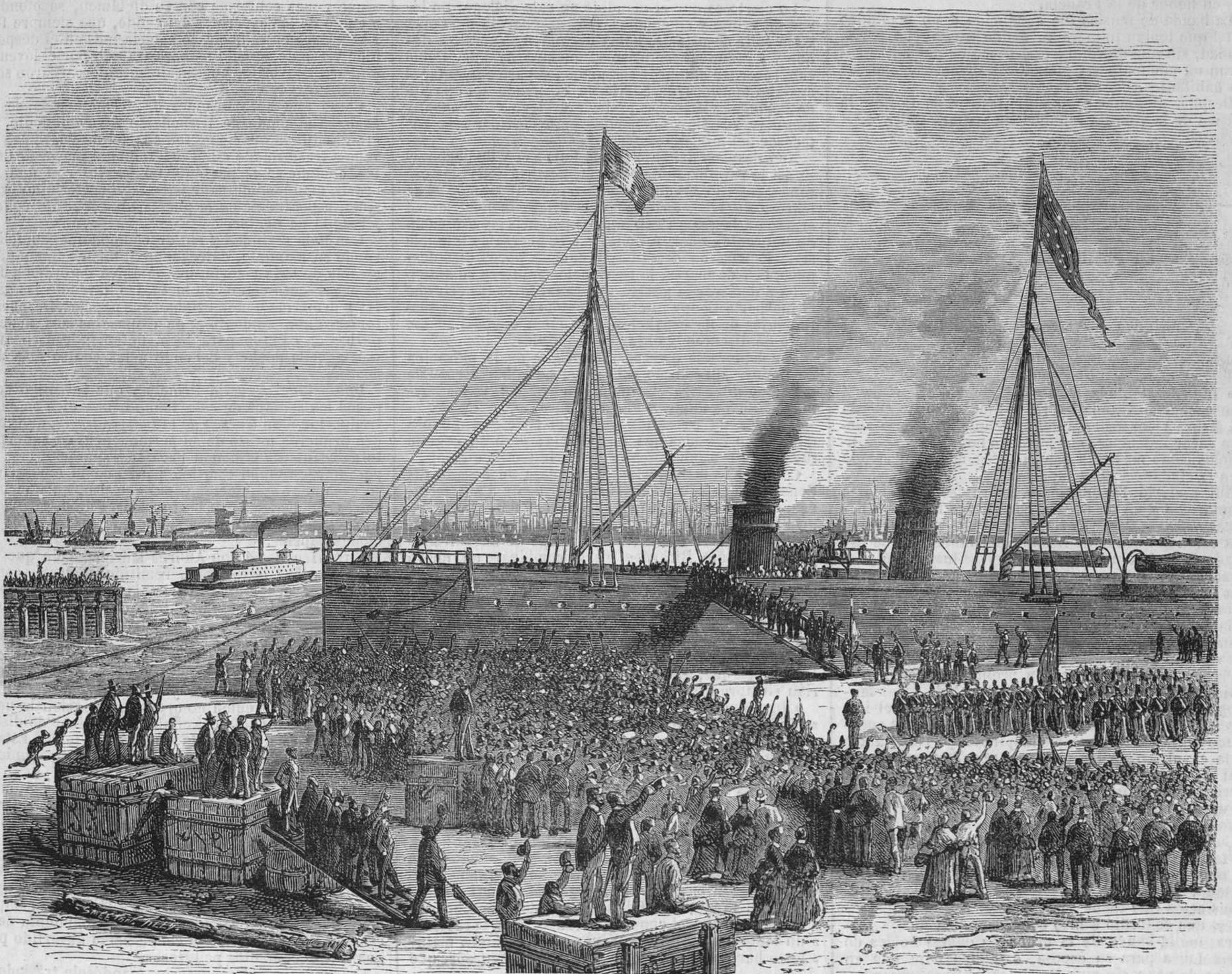
AÑO 31. — N° 1,019.

SUMARIO.

La banda de música de la guardia republicana de París en los Estados Unidos; grabado. — El conde de

Aranda. — Poesía. — El tribunal arbitral de Ginebra; grabados. — Sinodo protestante en París; grabado. — Revista de París. — El vapor y la industria. — Exposición de 1872; grabados. — Estudios históricos. — Fiestas

de las cercanías de París; grabado. — Francia pintoresca; grabado. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Viajes : Abisinia; grabado.



ESTADOS UNIDOS. — Llegada á Nueva York de la música de la guardia republicana de París, á bordo del vapor trasatlántico el *Saint-Laurent*.

La banda de música

DE LA GUARDIA REPUBLICANA DE PARIS EN LOS ESTADOS UNIDOS.

La música de la guardia republicana de París, convidada á tomar parte en las fiestas del jubileo de la paz, que han debido comenzar el 17 de julio en Boston, ha tenido en Nueva York una acogida entusiasta. El estado mayor y un crecido número del batallón de los *guardias Lafayette* se trasladaron á bordo del *Saint-Laurent*, donde llegaban los afamados ejecutantes, así como fueron también los representantes de varias sociedades francesas y el coronel Howe, de Boston. Los oficiales del batallón de los guardias Lafayette, con su comandante M. Lafon á su cabeza, invitaron á M. Paulus, director de la banda parisiense, y á todos los artistas que le acompañaban, á tomar un ponche preparado en su honor, y les llevaron al hotel de París, donde debía tener efecto la reunion, en medio de las más simpáticas demostraciones de la población.

No hay para qué decir que hubo brindis patrióticos y cordiales entre M. Paulus y el comandante Lafon, que se hizo intérprete de los franceses establecidos en América. El nombre de la Francia fué vigorosamente aclamado por todos los presentes.

Después fueron los músicos á Astor House donde les esperaba una nueva ovación, á la cual se asoció M. Fortwengler, presidente de la Sociedad alsaciana, y por último, á eso de las cuatro, se trasladaron al dock de los steamers de Boston, y salieron á los gritos de ¡Viva Francia! ¡Vivan los Estados Unidos! que lanzaba la muchedumbre.

En Boston la población llenaba las calles para recibirles. La municipalidad, los franceses residentes, un batallón de voluntarios irlandeses, con la música á la cabeza, y los jóvenes pupilos de la República, estaban en la estación, de donde salió el cortejo con la bandera francesa á su frente en medio de vivas y de aplausos en honor de la Francia.

La banda de música fué conducida á un magnífico hotel que tenían preparado, dando una vuelta por la ciudad, sin que durante aquel paseo de dos horas cesaran un momento las simpáticas demostraciones de los habitantes.

Después de tomar parte en el festival de Boston, la música de la guardia republicana visitará Chicago.

Z.

El conde de Aranda.

(Conclusion. — Véase el número 1,017).

» Tan desatentada y parcial conducta, induce á sospechar si Aranda habría estimulado bajo cuerda á Manca y consortes al delito de que les quería ahora sacar indemnes, atropellando por todo y aguzándolos como mastines contra su enemigo, encerrado en la ciudadela de Pamplona.

Allí escribió Floridablanca sobre los expedientes promovidos « en su contra contra dos interesantísimas *defensas legales*... Una y otra son posteriores á la caída del conde de Aranda del ministerio de Estado, tras de amenguar su anterior lustre con proceres mezquinos é injustos. A su genio cuadraba la jactancia de verse afianzado en el poder hasta la tumba... y no hizo más que servir de puente á don Manuel Godoy... de quien uno de los primeros actos fué « poner en libertad » al conde de Floridablanca y volverle al pleno goce de sus rentas y honores. »

Precisamente por ser quien profundizó más los estudios sobre el reinado de Carlos III al de otros muchos autores, hemos preferido el testimonio del imparcial Ferrer del Río, quien después de haber encomiado tanto á Aranda como inspirador y primer autor de la expulsión de los jesuitas, nos le descubre tal cual era al explicarnos los manejos que empleó para derribar del ministerio á Floridablanca y suplantarle.

Fuera de su villana confabulación con Manca y aquellos aventureros italianos, y de su presión sobre el Consejo de Castilla para que atropellando las leyes los favoreciese, no descubrimos en su breve ministerio ninguna reforma útil de las muchas que había proyectado.

Sus actos casi todos se redujeron á gracias personales, que concedió ó hizo conceder. Una de las primeras fué la banda de la orden de damas nobles de María Luisa para su esposa, é influyó para que en tiempo de paz y sin muy legítimos motivos, ascendiesen cinco mariscales de campo á tenientes generales, 16 brigadieres á mariscales de campo y 34 coroneles

á brigadieres. Ni se acordó de anular, estando en el poder, aquel real decreto sobre honores militares, que cuando aspiraba á ocupar le inspiró dos representaciones vehementísimas.

Restableció, sin embargo, al Consejo de Estado en su antigua autoridad, derogando la junta de Estado creada por Floridablanca en el año de 1787; y obedeciendo á sus rancias simpatías por los reformistas franceses, entonces ya francamente revolucionarios, se apresuró á disipar los recelos de la Asamblea de Francia admitiendo á Bourgoing como representante suyo, y tolerando el uso de la escarapela tricolor á los franceses que venían á España.

Ni los insultos prodigados á Luis XVI el 20 de junio en su palacio invadido por feroces turbas, ni su deposición y cautiverio el 10 de agosto, preludios de su asesinato en un patíbulo, retrajeron á Aranda de sus miramientos y obsequiosa contemporización con los verdugos de aquel monarca francés, aunque el dictamen del Consejo de Estado, intérprete fiel del sentimiento nacional entonces, le obligase á decretar preparativos para una guerra que se proponía evitar.

Con ese fin afanábase en moderar las exigencias del embajador de la revolución Bourgoing, cuando al anochecer del 15 de noviembre fué llamado Aranda á palacio y con expresiones lisonjeras le significaron Sus Majestades, dice La Fuente en el tomo XXI de su *Historia de España*, su voluntad « de que en atención á su avanzada edad se retirara á descansar de los negocios públicos. A poco rato fué enviado don Antonio Valdés (1) á su casa á comunicarle de oficio que había cesado en el desempeño del ministerio de Estado (15 de noviembre de 1792), bien que conservándole todos sus honores y el sueldo de decano del Consejo. »

De veraces contemporáneos de Aranda á quienes alcanzó el autor de esta biografía en su juventud, es autorizada tradición que el conde, poco antes de ser exonerado del ministerio, había tenido un encuentro con Godoy. Cuando este favorito fué elevado á la grandeza, hizo al conde la visita de estilo en su casa de la calle de Fuencarral, frente al Hospicio, y según uso entre los grandes, le dirigió la palabra tuteándole; habiéndole Aranda contestado con el Vd., se sorprendió Godoy y le preguntó de qué manera debía tratarle. El conde le replicó, que, con tal que no fuese de igual á igual como quisiera.

Lo cierto es que el ofendido en este diálogo, un joven de veinte y cinco años, que de guardia de Corps y sin salir de palacio, había llegado á general, á duque y á grande, reemplazó al anciano Aranda. Debió este recordar entonces sus artificios para suplantar al anciano marqués de Sárria en el mando del ejército de Portugal y hacerse preferir á él en el ascenso, y aun más, sus alevosos medios para derribar á su antecesor del ministerio.

Aun después del suplicio de Luis XVI y de declararse así la revolución de Francia, hostil á todas las coronas, insistió Aranda en una representación de 23 de febrero de 1793, en que se prefiriese la neutralidad armada á la guerra con aquella potencia; y eso cuando Bourgoing decía á Godoy: « la guerra es infalible si la España no desarma; y cuando pocos días después, el 7 de marzo, la Convención francesa se anticipaba á declarar la guerra á España. Justo es decir que el inexperto Godoy interpretó entonces mejor los sentimientos de los españoles, que quien contaba medio siglo de discurrir y obrar en la política.

Por deplorable que fuese el origen de la elevación de Godoy, afirmábase sobre una base harto robusta para que intentara el conde emplear con él los mismos artificios que con Floridablanca.

Después de su salida del ministerio, su forzosa quietud no fué más que impotencia; pero su orgullo fué superior á miramientos de corte y etiqueta.

Conservaba la importantísima plaza de decano del Consejo de Estado y asistía regularmente á sus sesiones, cuando en febrero de 1794 fueron llamados á Madrid los generales en jefe de los tres ejércitos beligerantes, don Ventura Caro, el príncipe de Castelfranco y don Antonio Ricardos, para combinar un nuevo plan de operaciones correlativas, en el caso de que se decidiese la continuación de la guerra.

En la sesión que, presidida por el rey, celebró el Consejo de Estado el 14 de marzo, se leyó una exposición del conde, insistiendo más que nunca en su constante parecer contrario á la guerra, fundándose en razones que, siendo valederas y atendidas, evitarían siempre contienda entre las potencias.

« Impugnóle, dice La Fuente, el duque de Alcudia (Godoy), ya capitán general de los ejércitos desde mayo del anterior año... Afirmaba el duque que él también quería la paz, pero que no la tenía á la sazón por conveniente, ni podía pedir con honra, y así debía esperarse á ocasión más oportuna.

» Algunas frases del discurso del viejo decano del Consejo hubieronle de resentir al joven ministro de Estado, y este á su vez con expresiones duras hirió... la natural irratibilidad del conde, originándose de aquí un... altercado en que tuvieron que interponerse... los consejeros para... serenar á los dos contendientes. El rey, ofendido del tono de despecho con que se expresó el conde de Aranda, cuyo carácter... un tanto áspero y brusco nos es conocido... manifestó harto claramente su real enojo... Acordóse que

(1) Era ministro de Marina.

» el desagradable incidente entre... Aranda y Alcudia » quedara reservado en el Consejo. Resolvióse la continuación de la guerra. Mas no hubo quien no mirara como consecuencia del acalorado debate de aquel día el destierro que inmediatamente se siguió del conde de Aranda á Jaen. »

Hay muchas versiones de muy distinto sentido sobre el incidente que acarreó al conde el enojo del rey y su destierro, aunque acordes unas y otras en el resultado.

Las opuestas son las de don Andrés Muriel, adicinador de *la España bajo el reinado de la casa de Borbon* por Coxé y gran partidario de Aranda, y la del mismo Godoy, quien, como testigo y actor, presencié el lance sin que luego haya impugnado nadie su narración, que dice así al referirse á la réplica del conde al discurso del ministro:

« Con tono altanero é impropio de su edad y posición en presencia del monarca... profirió el conde estas palabras... Señor, nada tengo que quitar ni poner á lo que dejo manifestado por escrito y de palabra. Me sería fácil contestar á los argumentos de los sólidos que complacientes, con que se ha querido apoyar el partido de la guerra; pero ¿para qué? Todo lo que yo añadiera sería inútil. V. M. ha dado señales nada equívocas de aprobación á las palabras de su ministro. ¿Quién se atrevería á desagradar á V. M. con razones contrarias? »

» Un consejero (el ministro de la Guerra don Gerónimo Caballero) procuró mediar para que no se envenenase la discusión. Pero el rey levantó la sesión, diciendo: *basta por hoy*; se dirigió hacia la Cámara y á través rápidamente la sala del Consejo, donde permanecíamos aun en nuestro lugar. Cuando pasó cerca del conde, este le dijo algunas palabras que yo no alcancé á oír... pero oímos todos la contestación de S. M., que fué esta: *con mi padre siempre fuiste testarudo y atrevido; pero no llegaste nunca á insultarle en pleno Consejo.* »

La Fuente, con la mayor imparcialidad « deduce del cotejo de las relaciones (las de Muriel y Godoy) y de datos más auténticos, que las encontradas opiniones de los dos magnates... y las ágras contestaciones que entre los dos mediaron en aquella sesión... fueron la causa de la caída, destierro y proceso del conde de Aranda; que el conde y el duque se maltrataron de pabra; que el rey, mas amigo del duque y mas conforme con su dictamen, se ofendió y enojó de las asperezas del conde, que siempre fué te y duro en el decir, lo estaría mas en el despecho de verse de aquella manera tratado por el joven ministro y favorito, y naturalmente descargaron sobre él las iras reales. »

Como una hora después de terminada la sesión, acababa el conde de trasladarse á su domicilio, que era el edificio que luego fué cuartel de guardias y hoy vemos transformado en el del Tribunal mayor de Cuentas, cuando se le presentó un escrito con una real orden, mandándole salir para Jaen en término brevísimo, esperándole en la puerta un coche de colleras y escolta de jinetes.

Con toda dignidad y sin descomponerse, cumplió el conde su mandato, entregando al mismo tiempo á un alcalde de casa y corte, que también de orden del rey se le presentó con este objeto, las llaves de las gavetas y armarios donde estaban sus papeles. Después de tomar algún alimento y de dispuestas sus maletas, púsose en camino para Jaen, deteniéndose en Aranjuez aquella noche y llegando á los cuatro días á su destino.

Don Miguel Agustín Príncipe, que investigó como pocos los asuntos de este tiempo, nos dice en su introducción á su *Guerra de la Independencia*, que en los dos primeros meses de su permanencia en aquel punto nada intentó el conde para su reparación; y que pasado ese tiempo escribió para que le enviasen de su casa unas apuntaciones para su uso, en que indicaba cronológicamente los incidentes de la revolución francesa y que no habían sido secuestradas como sus demás papeles.

Y refiriéndose á don Andrés Muriel añade que Godoy, al saber que habían remitido al conde con su mismo mayordomo lo que había pedido, le hizo alcanzar y prender, siendo entregadas las apuntaciones con los papeles que llevaba, sin que luego resultara nada en ellos contra Aranda.

La violencia judicial cometida con su mayordomo sacó de su silencio al conde. En una representación que dirigió entonces al rey y con la energía propia de un hombre á quien no arguye su conciencia nada, expuso que no había delinquido por opinar de distinta manera que los demás en el Consejo de Estado, único tribunal á quien competiese el procedimiento que se le seguía.

Accediendo el rey á su pretensión, dispuso luego que pasara á Jaen un ministro del Consejo de Ordenes, don Antonio de Vargas Laguna, cuyos cargos refutó el conde con tanta facilidad, cuanto que se referían únicamente á su conducta, gestos y palabras en la última sesión, á que había asistido del Consejo, y á los papeles sorprendidos á su mayordomo, que en nada le comprometeron. Tampoco le habían comprometido los legajos hallados en el allanamiento de su casa de Madrid, siendo el conde harto advertido para guardar documentos peligrosos.

Evacuado su interrogatorio, mandósele trasladarse á Granada, destinándose para su residencia el soberbio castillo de la Alhambra, adonde llegó á fines de

agosto, tratándosele allí con todos los respetos debidos á su rango desde que ingresó en aquel palacio. Hizo ese viaje con su esposa y su servidumbre; pero en la noche del 15 de setiembre le acometió allí un aire perlático que le obligó á solicitar una licencia, que fué inmediatamente concedida, para tomar las aguas minerales de Alhama, á siete leguas de Granada. Regresó á la Alhambra á mediados del siguiente octubre, permaneciendo en la antigua morada de los reyes moros hasta que algunos días despues se le permitió pasar á Sanlúcar de Barrameda, cuyo clima le aconsejaron como propio para lograr su restablecimiento. Pero, viendo que no se reponia, solicitó y obtuvo que el rey le permitiera residir en su palacio de Epila, adonde sin pasar por Madrid llegó á fines de diciembre de 1794.

Ya que para bosquejar la vida de Aranda tuvimos que aducir testimonios y pruebas á su memoria nada favorables, justo es ahora insertar alguno que ponga de relieve su espíritu patriótico, su amor á los progresos y el público espíritu con que se igualó á los mejores de su tiempo, á pesar de sus errores y defectos.

Son hechos muy sabidos que despues de promover la creacion de escuelas en muchos pueblos de su señorío, levantó á sus expensas un edificio para la de Epila, costeando su mueblaje, libros y utensilios, que en su propio palacio se distribuian diariamente alimentos á todos los menesterosos de la poblacion, y que con cuidados tan humanos, con el trato de algunos amigos y lecturas procuró olvidar muchos hechos no tan buenos de su vida.

Con la edad fué allí tomando aumento el asma, que desde muchos años antes padecía, y la nerviosa agitacion que siguió sufriendo desde que en la Alhambra le acometió la perlesia. A mediados de diciembre de 1797 estuvo á punto de ahogarse de un ataque de asma, y comprendiendo que no resistiria á otros, pocos días despues hizo que en su presencia, y en el patio de su palacio, se quemaran todos los legajos de su correspondencia y los papeles que no se relacionasen con los intereses de su casa. Así nos lo ha asegurado el señor duque de Aliaga, poseedor actual del palacio y tierras de Epila.

Desde los primeros días de enero de 1798 de nuevo volvió á postrarle el asma. En la madrugada del 9 conservaba aun muy entera su razon cuando él mismo revocó sus anteriores disposiciones testamentarias ante el escribano de la villa, instituyendo á la condesa dueña de todos los bienes libres de que podia disponer, excepto 25,000 duros que habia de distribuir á sus criados, y varias limosnas y mandas de menos importancia. Se confesó luego, recibiendo los demás sacramentos, y murió á las cuatro de la tarde de aquel mismo día.

En cumplimiento de una de sus disposiciones, vestido de capitán general y con la gran cruz de San Luis, y no con la de Carlos III, porque no la tuvo como se ha supuesto, fué trasladado su cuerpo al panteon de su familia en el monasterio de San Juan de la Peña, donde se le inhumó el 14 de aquel mismo mes. Muchos años despues se colocó sobre su sepulcro una lápida con el siguiente epitafio :

D. O. M.

« Aquí reposan los restos mortales del Excmo. señor don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, grande de España, capitán general de sus ejércitos y presidente del Consejo de Castilla, ilustrado promotor de todas las reformas útiles, hábil político, fiel consejero de la corona y su digno representante en Lisboa, Paris y Varsovia; se mostró digno de la confianza de Carlos III, contribuyendo poderosamente al esplendor de su feliz reinado. Con la tranquilidad y la fe del cristianismo, y la resignacion del sabio, falleció en Epila el 9 de enero de 1798. La posteridad honra su memoria. La patria le llora y le bendice agradecida. »

Despues de lo que dejamos escrito sobre el conde de Aranda tan imparcialmente, que sobre los principales actos de su vida preferimos al nuestro, el juicio de sus mas autorizados contemporáneos y el de los autores, á quienes por su afan de novedades y reformas tenia que ser simpático, no necesitamos impugnar muchos conceptos de su epitafio, obra de su cuñado y sucesor en el condado de Aranda, el duque de Híjar.

Pero como si ni en el sepulcro se hubiese de estar el conde quieto, sin respetar la última voluntad del primer revolucionario de su país, se extrajeron sus cenizas del panteon de su familia y fueron llevadas á Madrid con gran pompa, y en compañía de otros hombres célebres se depositaron procesionalmente el 20 de junio de 1869 en el convento de San Francisco el Grande, destinado por las Cortes Constituyentes á panteon de notabilidades nacionales.

El conde no dejó sucesion de ninguno de sus dos matrimonios, y su viuda se casó en segundas nupcias en 1808 con don Francisco Fernandez de Córdoba, baron de Espes, y luego capitán general de los ejércitos.

JACOBO DE LA PEZUELA.

Poesía.

SOBERBIA.

Humiliate capita vestra Deo.

Miserable, desnudo, abandonado
De la creacion sali :
El hambre y la indigencia por legado
Del autor de los mundos recibí.

Arrojado del tiempo á la inclemencia,
Sin rumbo ni mentor,
Me anunció mi salida á la existencia
La sensacion amarga del dolor.

Sin abrigo formado el cuerpo mio
Me abrasaba la luz,
Y estuve á punto de morir de frio
Al extender la noche su capuz :

A las entrañas de la tierra asida
Por sólida raiz,
Bebe la planta el gérmen de la vida
Dando flores de múltiple matiz :

¡ Y de instinto voraz la fiera ruda
Llevada á la merced,
Encuentra siempre, bárbara y sañuda,
Ajena sangre en que calmar su sed!

Mas yo, al pedir tambien la parte mia
Con lánguido ademan,
Solo escuché una voz que me decia
« ¡ Con tu sudor recogerás tu pan! »

Y, creciendo mi apego á la existencia,
Horripilado vi,
Que era mi único don, mi sola herencia
Un mundo inhabitable para mí...

El obstáculo en medio del camino,
La cruda muerte en pos,
¡ Tal es el premio del favor divino!
¿ En dónde se halla la bondad de Dios?

Horrible maldicion, en mi abandono
El labio pronunció,
Y llamando mis fuerzas en mi abono
El orgullo mi frente iluminó...

Por vencer la intemperie que me acucia
Con las fieras luché,
Y, humillada su fuerza con mi astucia,
En ciudades el páramo troqué.

Sus riquezas la tierra endurecida
Ocultaba á mi afan,
Yo la surqué con mano decidida
Y de su seno arrebaté mi pan.

Apartábame el mar de otro hemisferio
Con su abismo cruel,
Yo decreté su eterno cautiverio
Bajo la quilla que navega en él...

De rayos mil estrepitoso enjambre
Quemaba la extension,
¡ Hoy van, sujetos por flexible alambre,
A transmitir mi voz á otra region!

Uní un mar á otro mar : del monte erguido
En mi carro triunfal voy á través,
Y he mirado, en el viento suspendido,
Deslizarse las nubes á mis piés.

De hoy mas la tierra, el piélago, el espacio,
Anuncian el poder
Del que formó un espléndido palacio
Del pobre mundo que encontró al nacer :

Y cuando ya en la tierra no contemple
Ni un oscuro rincon,
Que no descubra el gigantesco temple
De mi férrea pujanza y mi ambicion,

¡ Quién sabe si mi indómita constancia,
Me habrá enseñado ya,
A suprimir la cólosal distancia
Que desde el mundo á las estrellas vá!

Y redoblando mi perpétuo brio,
Y de mas gloria caminando en pos,
Podré fijar quizás el trono mio
Sobre el trono Dios...

.....

Tal dijo el hombre en su delirio ardiente
Al contemplarse rey de la creacion,
Mas humillado doblegó la frente
Al repetir la voz distintamente,
« ¿ Quién te ha dado la luz de la razon? »

RAFAEL DEL VALLE y RODRIGUEZ.

El tribunal arbitral de Ginebra.

Sabido es que la interpretacion del tratado de Washington concluido entre Inglaterra y los Estados Unidos de América para arreglar la cuestion del *Alabama*, dió márgen de repente á complicaciones amenazadoras. En virtud del tratado debia reunirse en Ginebra un tribunal de arbitraje encargado de decidir sobre todas las reclamaciones de los Estados Unidos. Ahora bien, el gabinete inglés entendia que estas reclamaciones debian comprender solo las pérdidas diversas, en tanto que el de la Union, como manifestó el 2 de diciembre de 1871, queria extenderlas á las pérdidas indirectas. De aquí el conflicto. La Inglaterra no queria reconocer la competencia del tribunal arbitral para juzgar el asunto de las reclamaciones indirectas, y con la esperanza de resolver la dificultad por un convenio adicional, pedia que se aplazara hasta el mes de febrero de 1873, siendo muy de temer que este nuevo plazo enconase la contienda entre las dos partes interesadas. Hoy esta gran cuestion se halla arreglada, ó poco menos.

En la sesion del 19 de junio del tribunal arbitral, su presidente, el conde Sclopis, declaró que en la opinion unánime de los árbitros las reclamaciones por pérdidas indirectas no eran admisibles en derecho nacional, ni podian calcularse en la práctica. M. Davis, agente de los Estados Unidos, telegrafió al punto á Washington y obtuvo en esta cuestion el asentimiento de los Estados Unidos, á lo cual debia seguir la renuncia por parte de Inglaterra á la petición de aplazamiento.

A consecuencia de este acuerdo, el tribunal arbitral decidió en su sesion del 28 de junio, que quedaban rechazadas definitivamente las demandas por pérdidas indirectas.

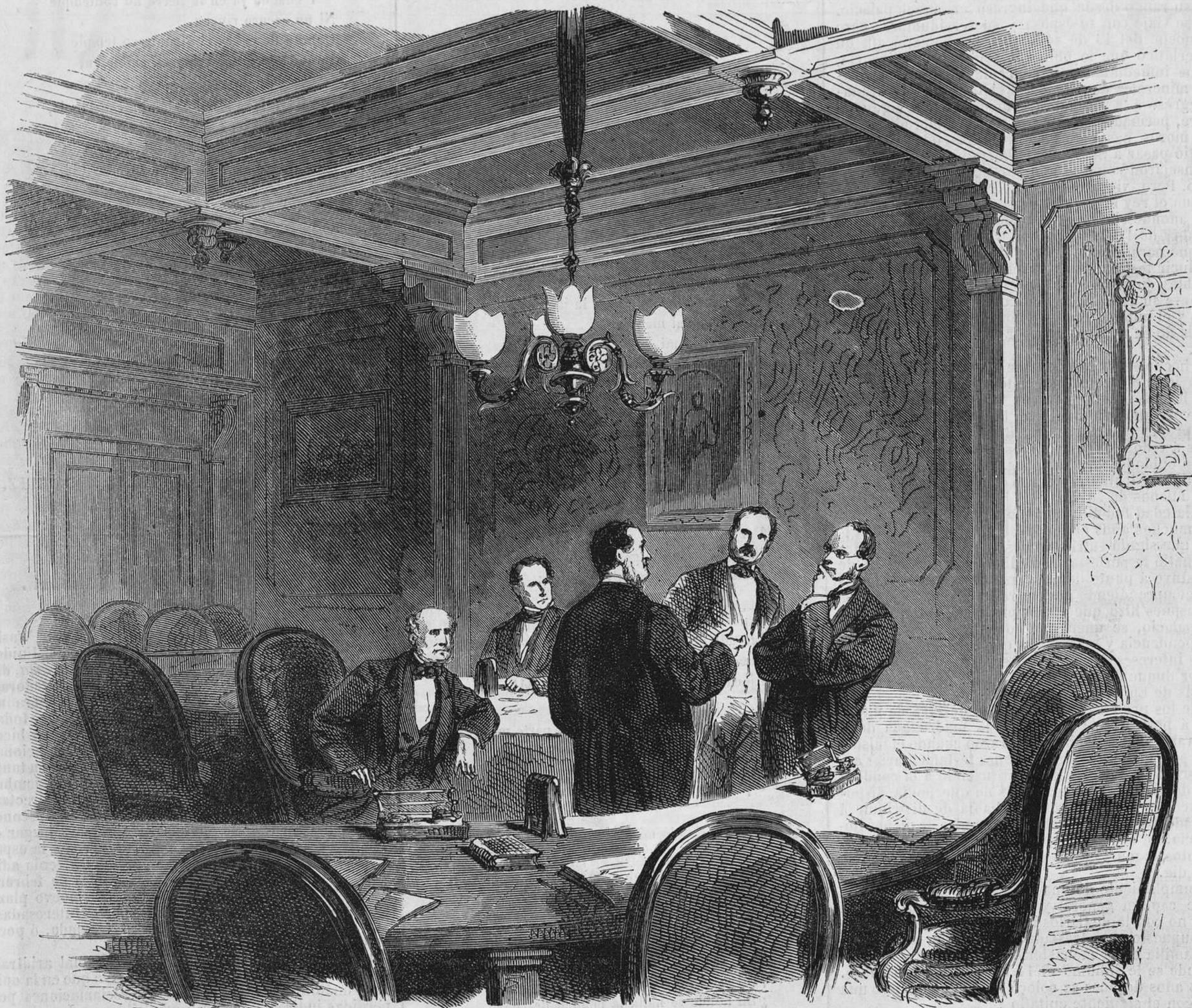
En la actualidad no falta mas que orillar una cuestion de cifras, lo que no ofrece nada de alarmante. Para terminar esta fácil tarea, el tribunal arbitral continuará sus sesiones el 15 de julio. P.

Sínodo protestante en Paris.

En los primeros días del mes último la reunion sinodal protestante inauguró sus tareas, despues de una interrupcion que ha durado mas de un siglo. El presidente de la República habia dado la licencia correspondiente; y así fué que en la segunda sesion, sobre la proposicion de M. Guizot, se nombró una comision encargada de expresar á M. Thiers la gratitud de los protestantes al gobierno.

La mesa se constituyó de esta manera: Moderador (tal es el título del presidente en las asambleas sinodales), el pastor Bastie; moderadores adjuntos (vice-presidentes); M. de Clauzonne, ex-primer presidente del tribunal de Nimes, y el pastor Luis Vernes; secretarios, MM. de Marichard, de Cazenove y Chatonnet, y los pastores P. Gaufrés, Borel y Veysson.

El dibujo que damos en este número representa una de las sesiones de la asamblea, donde figuran MM. Guizot (posteriormente dió su dimision por razon de salud); Denfert-Rochereau, el glorioso defensor de Belfort; Leon de Malleville; Coquerel, el elocuente pastor; Clamageran; el luterano Coloni, profesor en la Facultad de Estrasburgo, que ha dado su dimision por no ser alemán, y ha venido á pedir un refugio á la



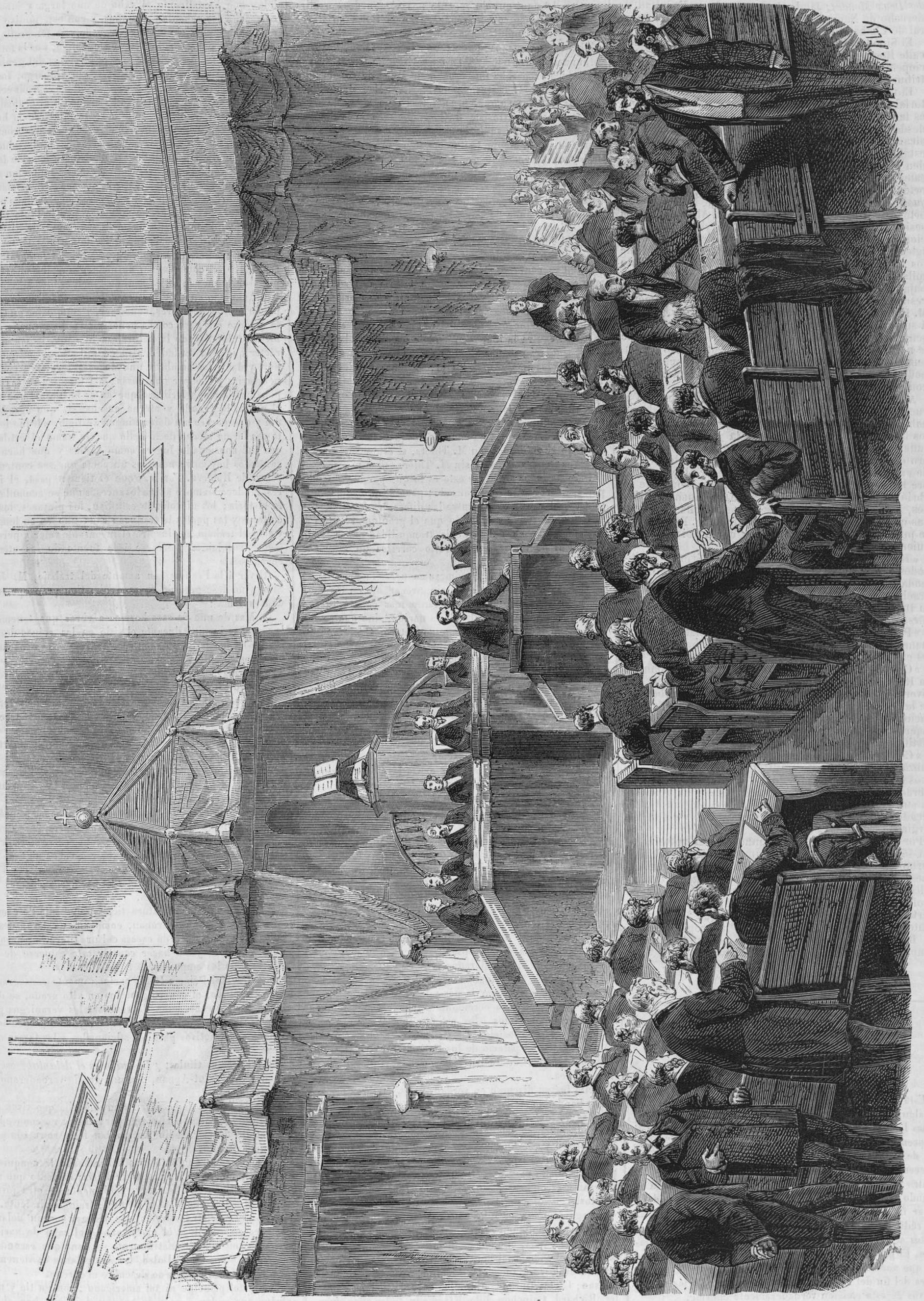
GINEBRA. — Una sesion del tribunal arbitral para el arreglo de la cuestion anglo-americana sobre *el Alabama*.



SIR ALEXANDER COCKBURN,
Delegado inglés.



M. C. F. ADAMS,
Delegado americano.



PARIS. — Una sesión del Sínodo general de las Iglesias reformadas.

Iglesia reformada de Francia; Ed. Sagans, de la *Revue des Deux Mondes*; Jalabert, decano de la Facultad de derecho de Nancy; Alfredo André, diputado; el general de Chabaud-Latour y otras notabilidades.

El Sínodo se reúne en el templo del Espíritu Santo, calle Roquepine. El salón de sesiones, colgado de terciopelo encarnado, tiene muchos adornos, así como la tribuna que está en el fondo.

El fin que se propone el Sínodo, donde cada consistorial tiene dos representantes, un pastor y un seglar, es la pacificación de la Iglesia; y según el giro que desde luego tomó la discusión, se puede dudar que alcance tal objeto. Con efecto, en la tercera sesión estalló la guerra entre los grandes partidos que dividen á las Iglesias protestantes, los progresistas ó liberales, que adoptan la ciencia y la libre crítica, y los ortodoxos, que se niegan á salvar los límites del *statu quo* existentes desde el principio en la Reforma. Los ortodoxos rompieron las hostilidades. Al fin de aquella sesión, M. Bois subió á la tribuna y leyó una declaración en cuya virtud se proponía excluir del seno de la Iglesia á todos aquellos que no crean en el Símbolo de los Apóstoles, esto es, en la divinidad, en el nacimiento milagroso y en la resurrección de Jesucristo, en su bajada á los infiernos, en su ascensión al cielo y en la resurrección material de los muertos. Inmediatamente M. Enrique Bordier, á nombre de los liberales, declaró á su vez que no reconocían el Sínodo como fiel representación de la Iglesia reformada de Francia, y que le negaban todo poder legislativo, protestando de antemano contra toda tentativa que podría hacer el Sínodo de dividir la Iglesia reformada, proclamando una confesión de fe obligatoria y exclusiva.

Así pues, el Sínodo tenía que resolver ante todo la cuestión de su propia autoridad y de su derecho, y habiendo procedido á la votación, la resolvió contra los liberales. De este modo poseía ya una autoridad suficiente para formular un símbolo, que todo miembro de la Iglesia reformada debería aceptar bajo pena de excomunión. No había más que pasar al debate sobre la proposición de M. Bois. Esta discusión, que se abrió al punto y se ha prolongado en muchas sesiones, fué muy animada. Presentaron muchas enmiendas que fueron rechazadas sucesivamente. Por último, se puso á votación la proposición de M. Bois, en la siguiente forma:

«En el momento en que continúa la serie de sus sínodos interrumpida hace tantos años, la Iglesia reformada de Francia siente ante todo la necesidad de dar gracias á Dios y de demostrar su amor á Jesucristo, su Divino jefe, que la ha sostenido y consolado en el curso de sus pruebas.

» Por órgano de sus representantes declara que permanece fiel á los principios de fe y de libertad sobre los cuales se ha fundado.

» Con sus padres y sus mártires en la confesión de La Rochela, con todas las Iglesias reformadas en sus diversos símbolos, proclama: «la autoridad soberana de las Sagradas Escrituras en materia de fe, y la salvación por la fe en Jesucristo, Hijo único de Dios, muerto por nuestras ofensas y resucitado para nuestra justificación.

» Conserva pues y mantiene en la base de su enseñanza, de su culto y de su disciplina, los grandes hechos cristianos representados en sus sacramentos, celebrados en sus solemnidades religiosas y expresados en sus liturgias, principalmente en la confesión de los pecados, en los símbolos de los apóstoles y en la liturgia de la Santa Cena.»

Por esta declaración se pronunciaron 61 votos contra 43. El Sínodo adoptó, consumando así el más importante de sus actos. Graves serán las consecuencias, pues producirá inevitablemente la separación de las Iglesias particulares que no querrán reconocer una profesión de fe hostil al espíritu protestante, á la libertad y al progreso. No cabe duda que los protestantes ortodoxos que han adoptado la proposición de M. Bois, habrían sido más lógicos volviendo pura y simplemente al seno de la Iglesia católica.

L. C.

Revista de Paris.

Está visto que en Paris no se gana ahora para sustos. Si algún vez necesita la Francia paz y tranquilidad ante todas las cosas, es en la situación presente, cuando va á emprender una operación de crédito para la cual no están de sobra los capitales propios y extraños, cuando va á ofrecer en suscripción pública la fabulosa cifra de cerca de cuatro mil millones de francos, pues no le faltará mucho cuando á la suma principal de tres mil millones que debe pasar íntegra á manos de los prusianos, hay que añadir los réditos que se pagarán en 1872 y 1873, y luego los gastos accesorios, descuento, cambio, transporte y negociación. El proyecto de ley se ha presentado ya en la Cámara, que nombró al punto una comisión, y es de creer que antes del fin del mes de julio estén terminados los preparativos de esta emisión verdaderamente enorme.

Ahora bien, ocupado todo el mundo en recoger recur-

sos para tomar parte en esta suscripción patriótica y lucrativa, hé aquí que de repente nos vienen de Versalles noticias alarmantes que producen en la Bolsa un terror pánico y en el público una sensación indescriptible. Hablábase nada menos que de una conspiración, hasta se pronunciaba ese nombre, en cuya virtud la mayoría de la Asamblea preparaba una especie de golpe de Estado para reemplazar á M. Thiers con el mariscal Mac-Mahon. Todos los detalles aparecían en letras de molde. Se daba cuenta de una entrevista de los delegados de la derecha con el mariscal, y se decía que habían concluido por obtener su asentimiento, tanto porque estaba disgustado con la ley militar que había aprobado la Cámara bajo la presión de M. Thiers, como por el resultado radical que daban las elecciones parciales de diputados; por último, se citaban los nombres del futuro ministerio, compuesto de los señores duque de Magenta, presidente; duque de Broglie, Negocios extranjeros; Saint-Marc-Girardin, Interior; el general Desvaux, de la Guerra, y otros del mismo color político para los restantes departamentos.

Fácil es concebir el efecto que produciría una noticia que en las circunstancias actuales traería con seguridad una espantosa crisis. Todos los intereses se alarmaron, y hasta los partidarios de las fracciones de la Asamblea á las que se atribuye el plan del cambio del gobierno, protestaban contra la inoportunidad de semejante plan, y pedían, siquiera sea por algunos días, una tregua á las pasiones, á las intrigas, á las pretensiones ocultas ó públicas.

Que exista el proyecto en cuestión, no queremos discutirlo. Vista la animosidad que reina en la Cámara entre monárquicos y republicanos, nada en efecto es más verosímil. La mayoría ha contactado sus fuerzas y quiere que sea suyo el gobierno, con M. Thiers, si este accede á seguir sus inspiraciones, y sin M. Thiers, si se niega.

Pero de todos modos, y esto es lo que por hoy nos importa, la tregua se ha alcanzado; poco á poco se ha vuelto á establecer la calma entre las diferentes fracciones, y tácitamente parece convenido que el gran empréstito podrá efectuarse en medio de la tranquilidad general, sin lo cual es de temer que su éxito corriera un gran peligro.

La confianza es lo que primero se necesita para llevar á cabo esa operación colosal, sin precedente en los anales financieros de ningún país, tanto más cuanto que no solo se apela á los capitales de la nación, sino que se solicitan igualmente los del mundo entero. Conjurada la tempestad política, no es posible dudar un instante del brillante resultado de la operación de crédito.

El domingo último había en Francia una solemnidad en la cual estaba representada la prensa parisiense. Era la apertura oficial de la Exposición de Lyon, de que hemos hablado ya en este periódico. Nuestro corresponsal dará á su tiempo las noticias correspondientes. Entre tanto diremos que la ceremonia de inauguración fué magnífica, y que el ministro M. Victor Lefranc, que asistió á ella, pronunció un discurso que acusa las preocupaciones á que nos referimos al principio de esta crónica.

M. Victor Lefranc, después de felicitar á los lioneses porque con su Exposición dan el ejemplo á la Francia de esa regeneración que todo el mundo desea y que no puede fundarse sino sobre la doble base del orden y del trabajo, hizo un llamamiento, en términos vigorosos, al espíritu de conciliación, y añadió que las maravillas de la industria allí reunidas, demuestran mejor que todos los discursos la necesidad del acuerdo entre todos, pues para producir hace falta á un tiempo la cabeza que piensa, y el brazo que ejecuta. No nos acordemos del pasado, que puede dividirnos, dijo el ministro, sino consagrémonos todos con energía al presente, que pertenece á los más cuerdos y á los más moderados.

Vemos, pues, que ninguna ocasión se desperdicia hoy en Francia para predicar la paz y la concordia.

Con efecto, en otra ceremonia oficial, la distribución de premios concedidos á los artistas por las obras presentadas en la Exposición de Bellas Artes, que acaba de tener lugar en el palacio de los Campos Eliseos, M. Jules Simon, ministro de Instrucción pública, insistió en la misma idea.

Bello fué su discurso en verdad, y sus palabras produjeron honda sensación cuando al hablar del año que los artistas no tuvieron la acostumbrada ceremonia, aludió á los padecimientos del país, y dijo que «la lección había sido dura» y que es de desear que «todos la comprendan.» Ciertamente es: las artes se han visto bien amenazadas; poco ha faltado para que el Louvre y la Biblioteca se redujeran á escombros y cenizas, como tantos otros monumentos.

Y seguidamente M. Jules Simon pagó un justo tributo á los que, cumpliendo con su deber, se armaron para defender á la patria, citando los nombres de los que perecieron en el campo del honor, Enrique Regnault, muerto en Buzenval, José Cuvelier, escultor, muerto en la Malmaison; Carlos Durand, pintor, muerto en Sedan; Vincetlet, Richard, Coinchon, Jules Klagmann, todos ellos muertos en el combate.

También habló de Francisco Forster, un grabador célebre que ha fallecido al cabo de una larga y laboriosa carrera, á los ochenta y dos años, y con este motivo trazó el siguiente paralelo entre el grabado y la fotografía:

«El arte del grabado tiene un enemigo, y es la fotografía, una de las invenciones más prodigiosas del genio humano. Cada día hace progresos; y, sin embargo, forzoso es confesar que sus obras maestras son las reproducciones del grabado. ¿Por qué motivo? Porque en el grabado, el arte humano, residen la voluntad y la inteligencia humanas. Ha habido una escuela que en la pintura como en las letras, se propuso por regla del arte la reproducción pura y simple de la naturaleza, doctrina que sería la negación del arte si se llevara al exceso. La imitación servil no es siquiera una imitación, porque acusa demasiado la inferioridad del copista. La naturaleza que se debe pintar es la naturaleza bien comprendida, y por lo tanto idealizada. Entre la fotografía y el arte media toda la distancia que separa lo real de lo ideal. La fotografía da un fac-símil; pero solo el arte da un retrato. La fotografía me reproduce tal como soy en un momento dado; el arte me pinta en lo más íntimo de mi sustancia.

» Así como en el teatro, con felices combinaciones se puede excitar el interés, conmover, y conquistar un triunfo ruidoso que pasa con la generación; ó se puede también, profundizando la naturaleza humana, trazar un carácter que será verdad dentro de mil años lo mismo que hoy, y dar á los hombres una de esas lecciones siempre necesarias y siempre poderosas; así también en las artes plásticas hay una facilidad que no es la fuerza, que no es el genio, la grande y eterna enseñanza, que agrada un día y desaparece sin dejar ningún vestigio, porque le falta esa forma eterna de lo bello que se llama el estilo, de que fué apasionado Ingres como Fidias y que hace que contemos hoy entre nosotros un poeta que sea contemporáneo de Homero. Por más que el tiempo pasa, el ideal resplandece siempre sobre los sucesos que se acumulan en la historia; los filósofos le estudian, los pintores, los escultores y los poetas le traducen cada uno en su lengua, y solo el trabajo nos inspira el incansable valor y permite á nuestros labios acercarse á la fuente de los eternos consuelos.»

Al ver á la Francia tan amante del trabajo, M. Jules Simon no desespera de su porvenir. Con gran oportunidad exclama:

— Mas de una de esas hermosas obras que tenemos á la vista, se inspiró durante el sitio en las ruinas de una casa, ó al borde de un sepulcro. Trabajamos y pensamos: por consiguiente vivimos.

Y con razón añade que este axioma es tan concluyente como el de Descartes.

M. Jules Simon concluye diciendo que desearía ver en todas partes como un renacimiento: el empeño de reparar una gran falta, el estudio severo de la ciencia y del arte, la necesidad de cobrar nuevo temple en la libertad, de elevarse todos, mediante la paz y el trabajo.

Estos mismos síntomas se vieron después del desastre de 1815, y hubo después una generación á la vez pacífica y animosa, estudiosa y atrevida.

El deseo de M. Jules Simon es el de todos los franceses que tienen fe en la regeneración de su patria.

Á juzgar por el teatro, debemos confesar seguidamente que los trabajadores no desmayan, muy lejos de eso, jamás en esta época del año en que los calores alejan á todo el mundo de las representaciones teatrales, hemos podido notar tantas novedades.

Es verdad que la literatura tiene poquísimo de común con las obras que se estrenan, como si estuvieran destinadas á cierto público de escasa cultura literaria; pero de todos modos es justo hacer constar este esfuerzo de los autores y de las empresas.

El teatro del Palacio Real, exclusivamente consagrado, como es sabido, al género grotesco en alto grado, se distingue en esta renovación de sus carteles veraniegos por diferentes piezas que componen á la verdad un espectáculo lleno de atractivos para los aficionados á las farsas cómicas.

La primera se titula: *¿De quién es el delantal?* escrita por M. de Saint-Agnan, con una gracia verdaderamente notable.

Se trata de una dama joven y su doncella que viven en una intimidad bastante chocante para el que no conoce las costumbres de ese medio mundo tan bien retratado por Alejandro Dumas.

Un americano opulento cree haber hecho la conquista de una bella joven en los paseos de Paris; en tanto que un príncipe italiano se enamora perdidamente de otra joven no menos bella, que viste el humilde traje de sirvienta.

Celosa el ama de la sirvienta se disfraza con su delantal; pero en esto llega el americano; y al cabo de varias peripecias en que alternativamente se tiene que esconder un amante y aparecer el otro, los dos galanes se vienen á encontrar cara á cara, y se descubre el enredo.

No hay tal príncipe ni tal americano: son un tío y un sobrino que andan á caza de aventuras, y que han sido burlados á la vez por el ama y la sirvienta.

¡Que su risible lección les sirva de escarmiento!

La segunda comedia tiene por título: *la Mujer que tartamudea*, y por autor á M. Jules Renard.

La pobre tartamuda es una jovencita contra cuya enfermedad se han estrellado todos los recursos de la ciencia.

Sin embargo, á todo evento la familia celebra una consulta, y el facultativo principal declara que hay un medio á que apelar todavía.

— ¿Cuál es?

— El casamiento.

Afortunadamente puede aplicarse al punto el remedio heroico, porque la tartamuda ama á Mignot, y está muy dispuesta á concederle su mano.

Pero hé aquí que un calavera amigo de la familia, un estudiante de los que frecuentan mas los bailes de verano y de invierno que las cátedras de la Facultad de medicina, da intencionadamente un gran susto á la jóven, que como por milagro, recobra el uso mas expedito de la lengua.

Tanto es así, que su prometido pregunta la causa del prodigio, y sin darse por satisfecho ni mucho menos cuando sabe la causa de aquella curacion, busca una contienda al estudiante.

¿Vamos á tener un drama?

Así parece; pero el doctor consultado se apresura á declarar que se ha engañado, que su remedio era bueno para las mudas, no para las tartamudas; y en vista de esta asombrosa declaracion, no tenemos drama, sino comedia.

Por último, la obra maestra en este género, la que completa espléndidamente el nuevo espectáculo del teatro del Palacio Real, es de M. Duru, y se titula: *las Dos bodas de Boisjoli*.

Nada mas cómico: puede asegurarse que hace años no se ha reido en el Palacio Real, como se rie ahora con esa epopeya eminentemente absurda.

Por desgracia para nosotros, es muy difícil analizar esa serie de escenas imposibles que se suceden una tras otra, dada una situacion nunca vista.

Boisjoli es un infortunado que se halla en la precision de casarse á la vez con dos mujeres, en el mismo dia; y que todo tiene que hacerlo por partida doble, tiene que almorzar con una y con otra, los dos suegros le esperan á un tiempo, los convidados á las dos bodas se juntan en la alcaldía.

Cuando llega el instante de las explicaciones, y todo se descubre, el público respira; porque dos horas de risa continuada es un ejercicio de una violencia suma.

Grande, extraordinario ha sido el triunfo, al que contribuyen sobremanera los inimitables actores René, Lugnet, Lheritier y Priston.

De los teatros líricos nada tenemos que decir. La Grande Opera continúa impasible las representaciones de *Fausto* y de *los Hugonotes*, y anuncia, para dentro de pocos dias, *la Africana*.

La compañía de la Opera Cómica, que se ha quedado cesante, parece que quiere organizar algunas representaciones en el Odeon; pero los principales artistas recorren las provincias, poniendo en escena las últimas novedades del repertorio.

Concluyamos con una noticia.

M. C. Mendes y M. Teófilo Gautier trabajan, segun nos dicen los periódicos musicales, en una ópera cómica en tres actos sacada de la célebre novela de Gautier titulada *el Capitan Fracasse*, y cuya música escribe M. E. Pesard. Parécenos un libretto bien escogido, y no hay duda que abundarán en él las aventuras cómicas.

MARIANO URRABIETA.

El vapor y la industria.

(Conclusion. — Véase el número 1,016.)

La observacion que condujo á esta solucion, fué el ver, que despues de obrar el vapor sobre los pistones, salta aun con una gran cantidad de fuerza, que era completamente perdida, y se pensó en que, si una vez introducida en el cilindro una cierta cantidad de aquel agente, se cerrara el acceso y se dejara obrar la fuerza elástica que es inherente á los fluidos cuando se les introduce en vasos cerrados y se les somete á una fuerte temperatura, el vapor iria extendiéndose con fuerza bastante para hacer ceder al piston la plaza ocupada y empujarle por consiguiente en la direccion iniciada. De aquí nacieron las máquinas llamadas de expansion, imaginadas, á la vez que por Watt, por Jonathan Hornblower, hijo de un fabricante de máquinas de Cornwall, que en 1781 tomó un privilegio para emplear máquinas con dos cilindros de diferente diámetro y que han immortalizado mas tarde á Arthur Woolf, que tomaba su patente en Lóndres en 1808.

Estas últimas constan tambien de dos cilindros de diámetro distinto: el vapor que viene de la caldera al

mas pequeño, despues de obrar sobre el piston, pasa á actuar sobre el segundo piston que juega en el cilindro mas ancho, solo en virtud de la expansion, y de aquí pasa el condensador. El resultado de esta combinacion, que mereció desde luego un gran favor en el público inglés, fué economizar nuevamente el combustible, consiguiendo además una gran regularidad.

Nacieron entonces, en 1802, aunque no se hicieron aplicaciones serias hasta 1815, las máquinas de alta presion, sin condensacion, con el objeto de poder aplicar el vapor á muy altas temperaturas; pero ya en 1830 se notó una reaccion en Inglaterra favorable á las máquinas de simple efecto de Watt, aplicadas al desagüe de las minas de Cornwall, en términos que han venido á adquirir una fama europea y á constituir todo un sistema por la perfeccion que han alcanzado, por su sencillo manejo, por su gran efecto útil y su económica marcha.

De este sistema es la máquina que trabaja con admirable regularidad en la montaña del Principe Pio para elevar las aguas que surten una gran parte de las fuentes públicas de Madrid, y de la misma índole son varias de las que en el distrito de Linares verifican el desagüe de aquellas ricas minas de plomo.

Los ingleses, por su carácter especial, serio y reflexivo, han dado siempre una gran preferencia á las máquinas de Watt, en términos que en la Exposicion de 1855 apenas presentaron otro tipo, si bien admirablemente construido por M. Fairbairn; los franceses, en cambio, mas innovadores, mas dados á impulsar el movimiento del progreso, han inventado otros tipos sumamente variados, con tendencias unas veces á imprimir mas elegancia al aparato, otras á simplificar sus órganos con cilindros verticales ú horizontales, con un solo cilindro ó con dos, fijos, oscilantes, etc.; y estos cambios y modificaciones han venido á coincidir con nueva disposicion en los generadores de vapor, todo obedeciendo siempre á una idea, la de obtener el mayor esfuerzo posible con una unidad de calórico producido, que es en resúmen un agente que ha cambiado la faz del mundo industrial y la fuente de toda esa fuerza colosal que ha venido á convertir en realidad el Pegaso de la fábula.

No podemos entrar en grandes detalles: por eso no nos detenemos á hablar de las locomotoras, no podríamos hacerlo sin alargar demasiado este artículo, empezando por rendir un profundo culto á Roberton Stephenson, hijo del obrero Jorge, que en 1829 creó con su caldera tubular el verdadero caballo de fuego que así atraviesa frondosas campiñas, bordando el ambiente con espesas cintas negras que se pierden en el espacio, como penetra en el corazon de las mas altas y espesas montañas, abriéndose paso con ráudo vuelo, produciendo ecos repetidos y ayes de asombro allí donde los rayos del sol, sutiles y penetrantes, no han entrado ni entran jamás á desterrar el luto y la oscuridad que cubre el camino trazado para la locomotora.

Hablar de este móvil gigantesco de la civilizacion y del progreso para pintar su importancia en su expresion mas genuina equivaldria á escribir un poema, y nuestras fuerzas, ya lo hemos dicho, aunque ese hubiera sido nuestro propósito al trazar estas líneas, no alcanzan á tanto.

Despues, que el genio innovador, cambiando y modificando sistemas para establecer una disposicion general, se ha fijado sobre sólida base, por decirlo así, ha venido á estudiar con gran interés un detalle que desde un principio abrió ancho campo á la economía en el vapor: hablamos del sistema de *expansion* aplicado á las máquinas modernas luego que cada industria se ha apropiado aquella que ha creído mas apta á sus necesidades peculiares; porque sea dicho de paso, si hubo un tiempo en que se creyó que en un taller un solo motor era suficiente para los diferentes mecanismos y herramientas que habian de ponerse en juego, obedeciendo á un principio de sencillez y bastando el estudio de las diferentes transmisiones para que cada aparato cediera al movimiento iniciado; hoy se ha cambiado de pensamiento: se multiplican los motores y se aplica, siempre que es posible, uno á cada aparato ó á cada funcion mas ó menos aislada. Entre otras ventajas que se tocan con este cambio de sistema, que no es mas que la aplicacion de la division del trabajo, es la de la independencian de los aparatos, no subordinándolos á los desarreglos y paradas tan frecuentes en los motores, que detienen en un momento dado, cuando son únicos, siquiera sea por pocas horas, toda la vida de un taller en que juegan variada serie de mecanismos.

La aplicacion del sistema de expansion á los diferentes motores, cortando unas veces el vapor á la mitad de la corrida del piston, otras á un tercio, un quinto, etc., y esto á voluntad, para obrar segun los casos, es otra de las conquistas de la mecánica moderna, que recuerda el principio iniciado por Watt al modificar las máquinas de Newcomen, el de economía de combustible; pues claro es que de dos máquinas de igual fuerza, aquella en que mas pronto y mas radicalmente se corte el acceso del vapor, ó en otros términos, aquella que permita utilizar mejor la fuerza expansiva del vapor, será la mas económica, la que exigirá menos carbon para su alimento y marcha regular.

Consignaremos tambien, que la aplicacion del sistema necesitaba aun mayor desarrollo, no siendo bas-

tante llevarla á las máquinas que tienen que efectuar un trabajo normal, con resistencias idénticas en todo el tiempo de su marcha, que es el caso mas sencillo que puede ocurrir, sino que era necesario para su complemento hacerla variable, no solo para modificar la expansion á voluntad, como tiene lugar entre otros, con el sistema Meyer, sino para hacerla seguir, por decirlo así, todas las oscilaciones de las resistencias que hay que vencer en un tiempo dado. Y entre los casos que pudiéramos citar para hacer ver hasta dónde llega el genio del mecánico, cuando persigue una idea con calma y perseverancia, vamos á exponer á la consideracion del lector uno de sencilla comprension.

Se trata de la explotacion de una mina de carbon, cuyo producto debe extraerse por un pozo de 300 metros de profundidad, mediante una máquina de vapor que opera á la boca del pozo. Sin entrar en detalles de su mecanismo, nos basta comprender que esta operacion exige una doble cuerda que se enrolla á un gran tambor y una doble vasija, en que se coloca el carbon; la sencillez y el buen orden exigen que mientras sube la vasija llena, baje haciendo contrapeso la carga que habia elevado en la ascension anterior: tomemos como punto de partida aquel en que la máquina empieza la ascension; en este momento la resistencia que tiene que vencer el vapor está representada, no solo por el peso del carbon que hay que elevar y el de la vasija en que está encerrado, sino por el de la cuerda desarrollada, que es siempre de consideracion, sobre todo á profundidades respetables, y cuando se trata de extraer en cada vez grandes cantidades de carbon, mientras ni la cuerda ni la vasija vacía ayudan en nada al motor en este instante. Es decir, que la máquina motriz, para arrancar la carga, debe desplegar una fuerza máxima, porque es máxima la resistencia: debe, pues, empezar marchando á plena presion. Pero sigamos la carga en su movimiento ascendente, y á medida que avanza notaremos fácilmente que la resistencia va disminuyendo al compás de la cuerda arrollada en el tambor por el lado ascendente, porque es menor en cada vuelta arrollada el peso de la cuerda que hay que elevar y mayor el contrapeso que facilita esta, á medida que la vasija descendente gana profundidad. La resistencia, pues, varia á cada instante, y si para arrancar habia de desarrollar la máquina su fuerza á presion plena, en su marcha progresiva podrá trabajar á expansion, y esta podrá recorrer los diferentes grados de una escala á medida que las resistencias disminuyen; en términos en que hay un momento en que el maquinista cierra por completo el regulador, el piston su queda sin vapor y la carga termina su carrera, obedeciendo únicamente á la inercia ó á la velocidad adquirida.

Resolver, pues, este problema, el de aplicar una expansion variable al compás de la variacion de las resistencias, era tambien un adelanto, y este adelanto es hoy un hecho palpable que puede estudiarse en un gran número de máquinas de extraccion, que marchan con la velocidad de 10 y 12 metros por segundo, elevando, cargas de 500 kilogramos de carbon á 300 metros de profundidad en medio minuto. Bélgica, Inglaterra, Prusia y Francia nos ofrecen multiplicados ejemplos, y de dos años á esta parte en la primera de las naciones citadas se oye con gran consideracion y respeto el nombre del ingeniero de minas Guinotte, inventor de un sistema de expansion variable durante la marcha de las máquinas de extraccion: dentro de poco tiempo podrá verse tambien en una de las máquinas que se están montando en nuestras minas de Almaden, adquirida de orden de nuestro gobierno por el que suscribe este artículo, que se ha propuesto traer cuanto ha encontrado de mas nuevo, mas adelantado y mas asimilado á las necesidades de nuestras minas.

Es notable que á medida que avanzamos en los progresos de la mecánica, nos parece que no queda mas que hacer, y sin embargo, siempre ávida la industria de novedades, busca incesantemente nuevos horizontes. Las máquinas de extraccion con expansion variable marcan un progreso, y un progreso grande, y sin embargo, para llegar al *desideratum* de este progreso en la parte económica, era necesario hacer una segunda combinacion, era necesario aplicarle á máquinas con condensacion, pues nada hay mas fácil que aplicarle á máquinas de alta presion, cuando para nada ha de entrar en el cálculo el consumo de la sustancia que encierra en sus entrañas el agente principal, el calórico, causa eficiente, ya lo hemos dicho, de esas fuerzas colosales, al par que dóciles, que mueven todo el sistema.

Y en efecto, las máquinas de extraccion con expansion variable durante la marcha y con condensacion, operan hoy con éxito brillantísimo en los países citados, pueden verse en nuestra sierra Almagrera, montadas por el ingeniero mecánico don Pablo Colson, y muy pronto será tambien objeto de estudio en nuestras minas de mercurio que el Estado explota de su cuenta en Almaden.

Esta mejora, que la industria se ha apresurado á utilizar desde luego, siempre guiada por la economía de combustible como punto de mira, encontraba sin embargo en la práctica una gravísima dificultad; la gran cantidad de agua que se necesita para la condensacion, y no en todas partes puede disponerse de ella en suficiente abundancia.

Cada kilogramo de agua produce al evaporarse cinco kilogramos de vapor, y para condensar cada

EXPOSICION DE 1872

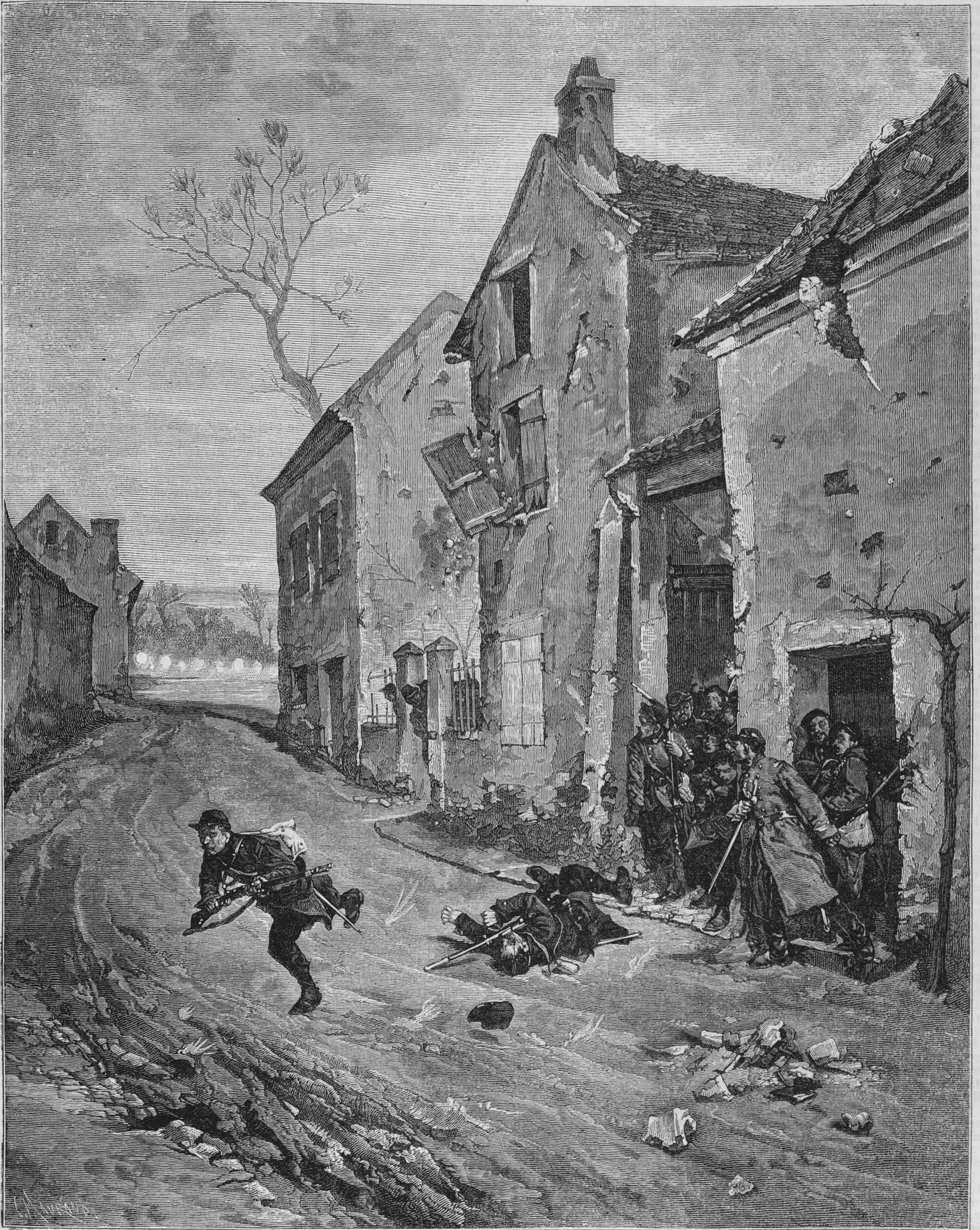


LA FUENTE.

Cuadro por M. Jules Breton.

GRAN MEDALLA DE HONOR.

EXPOSICION DE 1872



AVANZADAS (1870) EN LAS CERCANIAS DE PARIS.

Cuadro por M. Dupray.

kilogramo de vapor, despues que ha obrado sobre el piston de una máquina, se necesita disponer de 13 kilogramos al menos de agua á cierta temperatura; por manera que, para emplear máquinas con condensacion, tenemos que contar previamente por cada kilogramo de vapor que queramos producir con 20 kilogramos de agua para la alimentacion y condensacion, siendo de notar que la primera ha de estar exenta de sustancias extrañas que produzcan incrustaciones en las calderas, porque nada hay que destruya á esta mas pronto que esas costras que se forman en las paredes interiores.

Estos cálculos previos son indispensables antes de emprender la instalacion de una máquina de vapor con aquellas condiciones, que no llenan todas las localidades, porque no en todas partes es el agua abundante. ¿Pero se cree que se ha parado por esto la industria ante esta exigencia del vapor, por mas que parezca insuperable á primera vista? De ninguna manera. La dificultad ha sido vencida victoriosamente. La cuestion está reducida á acumular en grandes balsas de una vez la cantidad que se necesita para la alimentacion y la condensacion y aprovechar hasta la última gota del liquido, haciéndole volver á las balsas despues de haber actuado en el condensador, enfriándose á su paso para que pueda utilizarse de nuevo; con un pequeño caudal que reemplace las pérdidas inevitables, el problema, que parecia insoluble, ha hallado una satisfactoria solucion.

Como ejemplo, citaremos las máquinas que trabajan en la estacion de Haut-Pré, cerca de Lieja, en el camino de hierro que une á esta capital de provincia con Bruselas, máquinas que representan una fuerza de 400 caballos y que actúan en una colina, donde no hay agua para arrastrar con cable los trenes de mercancías que hacen el comercio de Bélgica con Alemania y Francia.

Citaremos tambien las máquinas que para la extraccion de minerales están montadas por el ya citado ingeniero mecánico, don Pablo Colson, en nuestra célebre sierra Almagrera, donde una carga de agua potable cuesta 20 reales y por último, aplazamos un tercer ejemplo para cuando estén en juego las máquinas compradas para Almaden.

Comentando aun la lucha constante que viene observándose entre el vapor y la industria, el primero presentando la fuerza, y la segunda exigiendo que esta sea la máxima con el menor esfuerzo económico, vamos á citar aun otra modificacion importante que obedece al mismo principio.

Es indudable, y lo hicimos ya notar en tiempo oportuno, que el haber establecido Watt el condensador independientemente del cilindro, fué un paso de gigante, porque enfria el cilindro para condensar el vapor, despues que se ha utilizado su fuerza y producir un vacío para volverle á calentar de nuevo al acceso de nueva cantidad de vapor, era una serie incesante de pérdidas en el combustible, que al fin de un año representa en una máquina potente un capital considerable. Pero si esta gran mejora entusiasmó á los industriales, aun pensaron que el dejar al cilindro expuesto á la accion refrigerante del ambiente acusaba tambien una pérdida de vapor, puesto que al entrar en el cilindro con una temperatura dada, si encuentra las paredes frias, hay, si no condensacion absoluta, una pérdida de calórico sensible que se traduce en pérdida de fuerza expansiva y en despilfarro de carbon.

Forraron primero el cilindro exteriormente con un cuerpo no conductor y mas tarde han hecho además un doble cilindro, esto es, han forrado, por decirlo así, el cilindro motor con otro, dejando un espacio anular entre ambos, en que se introduce una cierta cantidad de vapor á alta temperatura que mantiene á un calor casi constante la pared exterior del cilindro en que juega el piston.

Acerca de este sistema, haciendo palpables sus ventajas, ha escrito el eminente profesor de la Universidad de Lieja, M. Emile Bede, un luminoso trabajo que ha visto la luz pública en Bélgica en la REVUE UNIVERSELLE y ha sido traducido por uno de nuestros ingenieros en la REVISTA MINERA.

Citaremos, en fin, por no hacer ya interminable este artículo, que va excediendo de la dimension que nos habiamos propuesto darle, otra conquista moderna de la industria llamada en nuestro concepto á extenderse mucho, sobre todo en los paises en que el carbon es muy caro, como nos sucede á nosotros.

Los hombres pensadores que analizan todos los detalles que concurren á este efecto mágico que produce en los sentidos la aplicacion del vapor, y siguen su marcha desde que el maquinista abre el grifo que le hace venir de la caldera hasta que, ó se escapa á la atmósfera en las máquinas de alta presion, ó pasa al condensador, no han dejado de ver que, á pesar de todo la perfeccion que se ha conseguido con las válvulas primero, en las cajas de distribucion y la marcha de la corredera mas tarde, que así dan paso al vapor para que empuje al piston como le abren camino para que se escape luego que ha actuado, siempre hay desgastes y desperfectos que ocasionan el que haya un pequeño momento en que no es posible evitar que pase de un lado una cierta cantidad de vapor, que no debia pasar y de otro que quede en el interior una pequeña suma de fuerza perdida, porque las válvulas ó la corredera cierra la salida antes del tiempo matemáticamente exacto. Pensóse, pues, en un mecanismo que, cerrando repentinamente el acceso al va-

por para que obre por una expansion en cantidad estrictamente determinada, le abra paso independiente mas tarde y de modo que quede desalojado por completo. Esta solucion, que se traduce en mecánica por evitar los espacios perjudiciales, la hemos visto en la Exposicion universal de 1867, en cuyas galerías podian estudiarse dos modelos: uno construido por la casa americana Corliss, segun el dibujo algo modificado que sirvió al inventor para pedir su privilegio en 1849, y el otro por la casa Hick Hargreave y compañía, segun una patente de los señores Ingliss y Spencer obtenida en 1865. Estos modelos han sido despues copiados y mejorados notablemente en los talleres de Bélgica.

Tambien Almaden va á poseer una máquina con este último adelanto para aplicarla á la preparacion mecánica de los minerales: ha sido construida en los talleres que dirige en Verviers el citado profesor M. Emile Bede y es una de las mas lindas y acabadas máquinas que pueden imaginarse.

Vamos á dar fin á nuestra tarea. Hemos visto, al seguir la marcha progresiva de las aplicaciones del vapor, que se ha verificado constantemente un fenómeno singular; el vapor tiende á ensanchar sus dominios, enseñoreándose en máquinas y aparatos de multiplicadas formas; el industrial tiende á cortar su vuelo, reduciéndole á sus mas sencillos términos, pero sin renunciar á su pujanza, sin disminuir sus fuerzas reales, sin aminorar sus bríos en cuanto puede contribuir á aprovechar los últimos átomos de ese poder asombroso que ha cambiado todo el ser físico y moral de las naciones. El industrial acoge con fruicion, con avidez, con loco entusiasmo los inventos todos, todos los sistemas, con tal que el aspecto utilitario le sonria y este aspecto esté apoyado en la mayoría de los casos, en el menor gasto de este agente poderoso con relacion á una obra ejecutada.

Asusta pensar en la enorme masa de carbon que se quema hoy en el mundo industrial para convertir el agua en vapor. Cuando se hacen números y se suma con ellos el consumo que ocasionan, á mas de los usos domésticos, la metalurgia, las variadas industrias que reclaman la hulla para su alimentacion y los transportes de toda índole, cuyo dominio ensanchan de dia en dia, se encuentra justificado el cálculo que suele repetirse por los hombres que se preocupan de averiguar si las generaciones sucesivas encontrarán carbon que quemar y se entretienen en cubicar las enormes masas de este combustible que tienen descubierta la Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Prusia, etc. Afortunadamente estos cálculos traen la tranquilidad á la generacion actual y á la de algunos siglos, aun contando que se aumente en mucho el consumo que es hoy fabuloso. Basta decir que solo Inglaterra entrega al mercado 90 millones de toneladas todos los años y consume las dos terceras partes de esta inmensa masa combustible en su industria privada; el resto es destinado á la exportacion.

Pero si asombra la cantidad de carbon que se aplica á producir vapor en las máquinas actuales, tan adelantadas como económicas, no es menos digno de asombro y admiracion el considerar el gran progreso que ha hecho la mecánica en menos de un siglo y la gran Caja de ahorros que ha creado el genio de cuantos inventores se han esforzado, desde Watt hasta nuestros dias, por ahorrarse el consumo de ese agente poderoso sin disminuir su fuerza vital. Desde las máquinas de Newcomen, que no consumirian menos de 42 á 43 kilogramos de hulla por hora para producir un caballo de vapor, hasta las actuales, de expansion variable y condensacion, que han logrado hacer este mismo trabajo con 2 ó 3 kilogramos, ¿qué capital de carbon ahorrado no representa este gran adelanto! ¿Cuántas fuerzas no se hubieran perdido inútilmente sin él! ¿Y quién es capaz de adivinar á dónde nos llevará esa noble lucha que hemos apuntado entre el vapor y la industria, el primero tendiendo siempre á ensanchar la esfera de su accion, la segunda utilizando los últimos átomos de ese germen vivificante que encierran sus entrañas?

Imposible seria predecir á dónde el afan progresivo del ahorro de combustible puede llevar á los industriales; pero sí podemos asegurar, que cada progreso que acusa la mecánica, cada modificacion que tienda á utilizar mas y mas la fuerza expansiva del vapor, en los límites que fije el efecto útil que se busque para cada industria, es una nueva mina de carbon que se abre para su porvenir y su desarrollo.

JOSÉ DE MONASTERIO CORREA.

Marzo de 1872.

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuacion. — Véase el número 4,018).

Atila se embriagaba y le gustaban muchísimo las mujeres. Tenia muchas esposas, y á pesar de eso cada dia tomaba otras nuevas, de modo que sus hijos formaban una especie de pueblo. No se le conocia nin-

guna creencia religiosa, no practicaba ningun culto, y solo consultaba á los hechiceros en circunstancias importantes.

Ese hombre, cuya existencia se pasaba en medio de la guerra, rara vez se comprometia personalmente, de modo que era un general de cabeza y no de brazo.

Asiático en todos sus instintos, colocaba la guerra despues de la política, prefiriendo los cálculos de la astucia á todo otro medio. Su suprema habilidad consistia en crear pretextos á cada momento, principiar negociaciones con cualquier motivo, enredarlas unas con otras formando una red en que caia el enemigo, amenazar siempre á sus adversarios, y sobre todo saber esperar.

El mas fútil é insignificante pretexto solia con frecuencia parecerle el mejor, con tal que no pudiese el enemigo satisfacerle; y así es que unas veces dejaba á un lado esos pretextos, los dejaba dormir años enteros, pero nunca renunciaba á ellos, ni menos los abandonaba.

Sus numerosas embajadas con que cansaba á la corte de Bizancio formaban un curioso espectáculo. Conociendo ese astuto bárbaro la conducta de aquella corte corrompida y corruptora que creia comprar con regalos la complacencia de los negociadores bárbaros, enviaba allí á sus empleados y criados para que se enriqueciesen á expensas del imperio, y luego entraba á la parte con ellos, llevando la desvergüenza hasta recomendarles á la liberalidad imperial, siendo de advertir que su recomendacion era una orden.

El hecho siguiente nos dará una idea de ese hombre singular y del imperio que ejercia ya sobre sus adversarios. Uno de sus secretarios tuvo la fantasía de querer casarse con una rica romana, y Teodosio no tuvo mas remedio que buscarle una jóven. Esta, á fin de sustraerse á un himeneo de esta clase, consintió en que otro la robase; pero el gobierno romano tuvo que buscar otra para agrandar á Atila y á su secretario: tal era el hombre en cuyas manos iba á caer la suerte del mundo.

Si Atila se dió tanta prisa en atar las manos á los romanos por medio del tratado de Margus, fué para entregarse y consagrarse sin preocupaciones exteriores á reformas interiores que debian cambiar el estado de su reino.

La idea un poco vaga de Rúa sobre los derechos de la nacion de los hunos sobre la parte Norte del Danubio, llegó á ser en la cabeza del nuevo rey un vasto sistema cuyo objeto era nada menos que el de crear, por medio de los hunos reunidos bajo el mismo gobierno y obedeciendo á la misma voluntad, un imperio de naciones bárbaras, en oposicion al romano. Su primer cuidado fué el de establecer su supremacia en Occidente, entre todos aquellos pequeños jefes sus iguales, tarea difícil, pero que le salió como deseaba, sobre todo luego que dió el ejemplo de la sumision su tio Oebarso.

La empresa ofrecia todavia mayores obstáculos en Oriente; pero tambien salió bien, merced á algunas circunstancias favorables. Teodosio, no obstante sus obligaciones, trató de grangearse la amistad de los acacios, nacion de hunos que asoló mas tarde el valle del Danubio. Los khazars ó acacios formaban una pequeña república gobernada por jefes de tribus que reconocian un superior en el mas antiguo de ellos.

Ya fuese ignorancia, ya poco tacto, lo cierto es que los emisarios de Teodosio, encargados de distribuir los regalos á los jefes, no se acordaron de dar principio por el jefe decano llamado Kuridakh, el cual se creyó ofendido, y se vengó dando parte á Atila de lo que ocurría. Este acudió pronto á la cabeza de un grande ejército, se estableció en el pais, derrotó y mató la mayor parte de los jefes, y no viendo entre ellos á Kuridakh, le mandó á decir que se le presentase, diciéndole que le esperaba para repartir con él el botín; pero el viejo acacio, que se habia atrincherado con su tribu en un punto casi inaccesible, no quiso salir, y respondió lo siguiente al enviado de Atila:

— Yo no soy mas que un hombre, y si mi débil vista no puede mirar un rayo del sol, ¿cómo podria mirar sin perder la vista el brillo del mayor de los dioses?

Atila luego conoció con qué clase de individuo tenia que habérselas, y así es que le dejó tranquilo; pero de todos aquellos distritos formó un reino para su hijo mayor llamado Ellac.

Desde aquel reino hizo una serie de guerras casi todas con buen éxito contra las hordas de los hunos del Asia; y luego, valiéndose de aquel territorio como de un centro de operaciones, pasó al pais de los eslavos y teutones, llevando sus conquistas hasta las riberas del mar Báltico, sometiendo todo el Norte de la Europa, excepto la Escandinavia y el ángulo occidental comprendido entre el Océano, el Rhin y una línea que, partiendo del Rhin superior, seguia el curso del Elba.

Ese imperio era tan vasto como el romano, y quizá mayor.

Todas esas cosas no se hicieron sin que Atila se crease una multitud de enemigos, sobre todo entre los miembros de la tribu real. Hubo algunos que pasaron á la Romania pidiendo el apoyo del emperador; pero la cobardia de Teodosio conspiraba siempre con la crueldad de Atila. En efecto, aquellos desgraciados fueron librados en manos de Atila y sufrieron una muerte cruel.

No sabemos si Bleda tomó parte en aquella especie de complot, pues la historia nos oculta los detalles de

una espantosa tragedia doméstica, presentándonos tan solo la catástrofe. Atila mató á Bleda, « valiéndose del engaño y armándole celadas, » dicen los historiadores; uno de ellos dice que Atila principiaba por un fratricidio el asesinato del género humano.

Las costumbres de los hunos eran tan violentas y bárbaras, que semejante crimen no promovió la indignación pública; por manera que tan solo se mostraron un poco ofendidas algunas tribus que querían á Bleda y algunos de sus amigos; pero todo fué comprimido al momento.

En aquel mismo tiempo ocurrió un incidente capaz de impresionar aquellos hombres sin conocimientos, dando á la autoridad de Atila y hasta á su crimen una especie de sanción sobrenatural. Es preciso tener presente, para comprender este hecho, que los antiguos scitas tenían por ídolo una espada desnuda metida en la tierra, cuya punta salía un poco fuera: divinidad digna de aquellos desiertos entregados al derecho del mas fuerte. Habiéndose sucedido las razas unas á otras en el territorio de la Scitia, quedó olvidada la espada durante muchos siglos.

Un hombre que guardaba ganado vió un día que una de sus terneras cojeaba; trató de informarse de la causa del incidente, y siguiendo las huellas de la sangre, descubrió un hierro con punta entre la yerba. Aquel hombre se puso á quitar la tierra, y desenterró al momento la espada llena de herrumbre.

En seguida la presentó al rey, y este la recibió con el mayor gozo como un presente del cielo, y como una señal de soberanía que se le daba sobre todos los pueblos del mundo, de modo que desde este momento hizo circular la noticia, y obró en lo sucesivo como el señor y emperador de todos los bárbaros.

Una vez dado ese primer paso, Atila dirigió sus miras hácia la Romania, que habia dejado tranquila durante seis ó siete años. La manera con que entró en 441 en los negocios del imperio merece una particular mención, porque pinta perfectamente su carácter y su política.

Debía pues haber en uno de los castillos de la frontera uno de aquellos mercados mixtos en el que eran admitidos los bárbaros.

Los hunos fueron tambien en gran número, pero armados secretamente; y en medio de la feria sacaron las armas, se lanzaron sobre el gentío, robaron las mercaderías y se hicieron dueños de la plaza. La corte de Constantinopla pidió explicaciones; pero Atila contestó que aquello no era mas que un desquite, puesto que el obispo de Margus se habia introducido furtivamente en los sepulcros de los reyes hunos y robado sus tesoros. A pesar de que el obispo de Margus no merecía que se le tuviese mucha consideración, el hecho que se le imputa parecia muy poco verosímil, y el acusado negaba con demasiado descaro para que el gobierno romano dejase de sostener lo que el prelado decia.

Mientras que duraban estas contestaciones, Atila recorría la orilla del rio, saqueando los pueblos abiertos y arrastrando los fuertes.

Los habitantes de aquellos distritos escribían carta tras de carta al emperador para que pusiese un término á aquellas calamidades.

— Si el obispo es criminal, decían, entregarlo en manos de sus enemigos, y si es inocente, defiéndanos.

Temiendo el obispo que se le sacrificase traídoramente, pasó al campo de los hunos, prometiéndoles entregar su ciudad episcopal, si le garantizaban la vida. Inmediatamente le dieron tropas, las emboscó, y á la noche siguiente Margus se hallaba en poder de Atila, y este en muy poco tiempo tomó y arruinó gran número de ciudades.

Los romanos tuvieron algunos años de tranquilidad á causa de dificultades y disgustos domésticos de Atila; pero ese tiempo no fué otra cosa para los hunos sino un descanso, volviendo á principiar sus atropellos y saqueos en 446.

Las campañas de este año y el siguiente fueron señaladas por setenta ciudades saqueadas, atravesando los hunos la Tesalia hasta las Termópilas, y derrotando uno despues de otro dos ejércitos romanos.

Cansado Teodosio de su propia resistencia, propuso la paz, que fué ajustada con la condicion de que Atila recibiría inmediatamente seis mil libras de oro como indemnización de gastos de guerra; que en lo sucesivo se le pagarian dos mil libras de tributo anual, y que el territorio romano quedaria cerrado para los hunos sin excepcion.

Luego se presentaba la cuestion mas difícil, que era la del pago de las sumas prometidas, pues el tesoro imperial estaba agotado; Teodosio lo sabia muy bien, y Atila tampoco lo ignoraba.

Este, muy bien informado de los asuntos interiores del imperio, conocía la miseria en que se hallaban las provincias, á la que habia contribuido grandemente, conocía las locas prodigalidades de un príncipe que nunca reflexionaba, y la avaricia de sus ministros. Inmediatamente envió á Constantinopla un embajador especial, encargado de activar que se llevase adelante el impuesto con que debía pagársele su tributo, y para esa misión eligió un oficial llamado Scota, hermano de su principal ministro.

La presencia en Constantinopla de un genízaro bárbaro que parecia amenazar hasta al mismo emperador, fué una grande humillacion para Teodosio. Como el impuesto de Atila era urgente, la corte de Bizancio tuvo que recurrir al medio mas cómodo y pronto, que

era hacerle pesar sobre los ricos y sobre los senadores; pero muchos de los ricos se hallaban arruinados por las desgracias de aquellos tiempos, y como los agentes del fisco desplegaron un rigor excesivo, la desesperacion se hizo notar en las altas clases de la sociedad.

Las mujeres vendían sus joyas, los padres vendían sus muebles, y hubo algunos que se perdieron ó se dejaron morir de hambre. Parece natural que el exceso del dolor y de la vergüenza hubiera debido despertar la energia de aquel gobierno; pero no hizo nada, pues cada día se mostraba mas abatido. Atila, por su poder, por su genio y por su entendimiento diabólico ejercía sobre Teodosio una fascinación que le paralizaba en presencia del peligro.

III.

CONSPIRACION DE TEODOSIO CONTRA ATILA. — EMBAJADA DE LOS ROMANOS EN EL PAIS DE LOS HUNOS.

Teodosio II, hijo de Arcadio y heredero del mayor imperio del mundo, era uno de esos soberanos sin virtudes ni vicios, que pierden los pueblos mas fácilmente que pudieran hacerlo los tiranos, porque les comunican la molición de su alma y su indiferencia por el bien.

A la edad de cincuenta años se le veía como se le habia visto cuando tenia quince, es decir, un jóven arreglado, que seguía sus estudios con regularidad, asiduo á las prácticas de devoción, evitando los escándalos de las costumbres, diestro para servirse de las armas, buen jinete, apasionado por la caza y por las rivalidades del hipódromo, picándose de saber divertir bien á sus vasallos con magnificencias que le arruinaban, y haciendo consistir la grandeza y elevación del monarca en el exceso de su profusion.

Una empresa útil que se presentó en su reinado, es decir, la de formar un código de las leyes promulgadas por los emperadores cristianos, recomendó su memoria á la posteridad; pero los contemporáneos que le veían de cerca no le concedieron otro nombre que el de *calígrafo*, que en efecto merecía por la hermosura de su letra, que daría envidia á los mas hábiles copistas de profesion.

Ese jóven viejo no sabia qué hacer de su libertad; así es que siempre la enagenó con gusto, sin buscar otra cosa que vivir feliz bajo una tutela voluntaria.

Cuando no reinaba en compañía de su hermana mayor que era su mejor consejero, y cuando no sufría el yugo de su esposa, la pedante Atenais, quien habia llevado al trono el orgullo y la cólera de una Agripina de la escuela filosófica de su padre, obedecía á sus eunucos, y sobre todo á su gran eunuco que era tambien su gentilhomme. En fin, el gobierno de Teodosio merecía el desprecio en que habia caído.

En los primeros meses del año 449 llegaron á Constantinopla con el título de embajadores de los hunos dos personajes importantes: Edecon, huno de nacimiento ó escita, y un llamado Orestes, el primero oficial superior en el cuerpo de guardias de Atila, y el segundo su principal secretario.

Era ese mismo Orestes que vino mas tarde á cerrar, con el nombre de su hijo Rómulo *Augustulo*, la lista de los emperadores de Occidente, abierta por César y Augusto. Orestes nació en Petavium, hoy día Pettau, sobre las orillas del Drave; sus padres eran honrados y tenían alguna fortuna. Se casó muy jóven y se hizo una buena posición, llegando á ser yerno del conde Rómulo, personaje de consideración de su provincia, y que habia desempeñado honoríficas misiones que le encargara el gobierno de Occidente; pero esa buena posición no le satisfizo.

Orestes pertenecía á esa clase de hombres muy numerosos entonces, á quienes una ambición impaciente y un gusto febril de aventuras les hacia inclinarse hácia el partido de los bárbaros. Mientras que los hunos ocupaban temporalmente la Panonia se habia presentado á Atila, y este, orgulloso de tener un agente romano de su calidad, le hizo su secretario. El panoniano puso sus conocimientos y su adhesión al servicio del enemigo mas temible de sus compatriotas y de su familia.

Entre los bárbaros que sabían combatir, pero que no sabían mas que eso, la inteligencia del romano le facilitaba un puesto distinguido.

Verdad es que el empleo de secretario de Atila tenía sus peligros, pero tambien era provechoso, y por consiguiente Orestes debió encontrar la competencia de muchos aventureros que no tenían su disposición.

El rey de los hunos tenía por sistema de enviar, como acompañado de los hunos nobles que debían llenar alguna misión de importancia, á uno de sus criados de origen romano, el que muy al corriente de lo que eran los hombres y los asuntos del gobierno romano, luchaba en habilidad con los agentes imperiales, y así es que Atila sacaba siempre una buena parte en todos los asuntos, divisiones de territorio, etc.

Como esas dos clases de hombres, es decir, los hunos de nacimiento y los aventureros que se habian hecho hunos, no se querían mucho, resultó una rivalidad, y como consecuencia de ella un espionaje permanente, del que se aprovechaba Atila.

Esa rivalidad estalló entre Orestes y Edecon, este

brutal y altivo, mirando á su colega como si fuese su criado, y aquel vengándose cuando la ocasión se presentaba.

Esos hombres iban á comunicar á la corte de Constantinopla varias y nuevas proposiciones, ó por mejor decir, las condiciones que imponía su rey. Primeramente Atila establecía la línea de demarcación que le parecia, apropiándose todo el territorio que habia saqueado los años anteriores, y además exigía que no se le enviasen en calidad de embajadores sino las personas mas ilustres, y no los primeros que se le presentaban, pues de otro modo, decía él, no los recibiría.

(Se continuará.)

Fiestas de las cercanías de Paris.

LAS JUSTAS ACUÁTICAS.

Entre las diversiones mas en boga en las cercanías de Paris, contiguas al Sena, debemos contar las justas sobre el agua, que representamos en nuestro dibujo.

Estos ejercicios muy apreciados por los marinos de agua dulce, se hallan sujetos á reglamentos especiales.

Los justadores se dividen en dos campos que se distinguen por el color de sus calzones.

Cada uno de los adversarios se planta á proa de una barca, con una vara larga á manera de lanza que termina con una gruesa bola de trapo, y que debe sostenerse con una sola mano y apoyada en el flanco. Además, no debe tocar al agua ni al borde del bote contrario.

El justador que infringe alguna de estas prescripciones, tiene que saltar inmediatamente al agua, lo que le hace perder su turno.

A medida que adelanta, la lucha es mas palpitante, hasta que por fin el interés se concentra en los dos justadores que aun no han caído al agua.

El que de estos dos sucumba llevará el título de *rey mojado*. Sin embargo, tendrá un premio para consolarle; pero el premio principal será para su vencedor, que se llamará el *rey seco*.

Esto no le impedirá darse un chapuzón voluntario antes de ir á recibir su recompensa.

Es muy importante para los competidores de estar en buena armonía con el que gobierna el botecillo por medio de un remo á guisa de timón; pues el triunfo del justador depende casi enteramente de la buena voluntad de ese hombre, que puede anular su destreza y hacer desviar su vara cuando va á derribar á su adversario.

Muchos de los que caen saltan como fieras sobre el hombre en cuestion achacándole su derrota; y estos incidentes no previstos en el programa provocan explosiones de alegría en los numerosos espectadores que desde la orilla asisten á la fiesta náutica.

Entre los mas hábiles de los justadores del Sena debemos citar á los marineros del *Remolque*; son los que mas á menudo se llevan el *vaso de plata*.

Diremos dos palabras sobre ese servicio del *Remolque (tousse)*.

El sistema se obtiene por medio de una cadena situada en el fondo del Sena y fija en estos dos puntos: Paris y el mar.

Esta cadena se arrolla por engranaje sobre un cableante-garrucha movido por una máquina de vapor instalada á bordo del buque remolcador.

Una vez en movimiento, la embarcación avanza hallándose sobre su cadena que vuelve á caer al fondo del agua, á medida que el remolcador va navegando.

La experiencia ha demostrado que un remolcador que obra sobre una cadena fija puede arrastrar una carga cinco veces igual á la de un remolcador ordinario de hélice ó de ruedas que obra sobre un cuerpo fluido.

La cadena de Paris al mar tiene 368 kilómetros de larga.

Volvamos á nuestras justas acuáticas.

En ciertos departamentos, como en el Nièvre, las justas con lanza se reemplazan, en las fiestas públicas, con un juego que exige aun mas habilidad y destreza.

Fijan un mástil horizontal á proa de una lancha, todo untado de jabón; la altura del palo varía entre 5 y 10 metros.

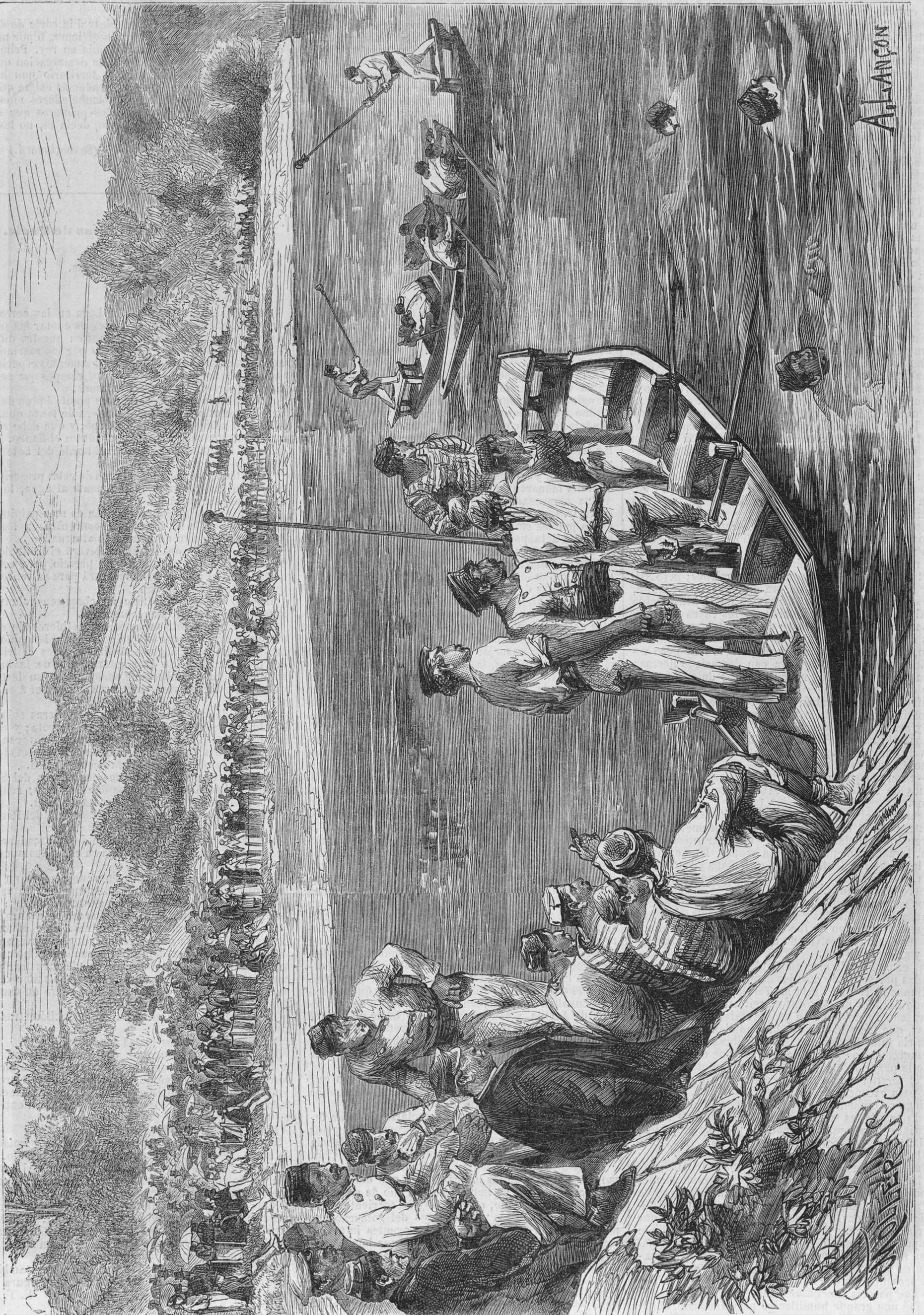
Es un palo de cucaña.

Los competidores, con los piés descalzos y frotados de polvo, se avanzan por turno á ganar el premio.

Han de llevar los brazos extendidos como si estuvieran un balancín, para subir por el palo resbaladizo que tiembla y se doble con su peso.

Nada mas divertido que ver los esfuerzos que tienen que hacer para mantenerse en equilibrio... esfuerzos regularmente inútiles, pues casi es imposible adelantar dos pasos sin resbalar y caer al agua, en medio de la algazara de la muchedumbre.

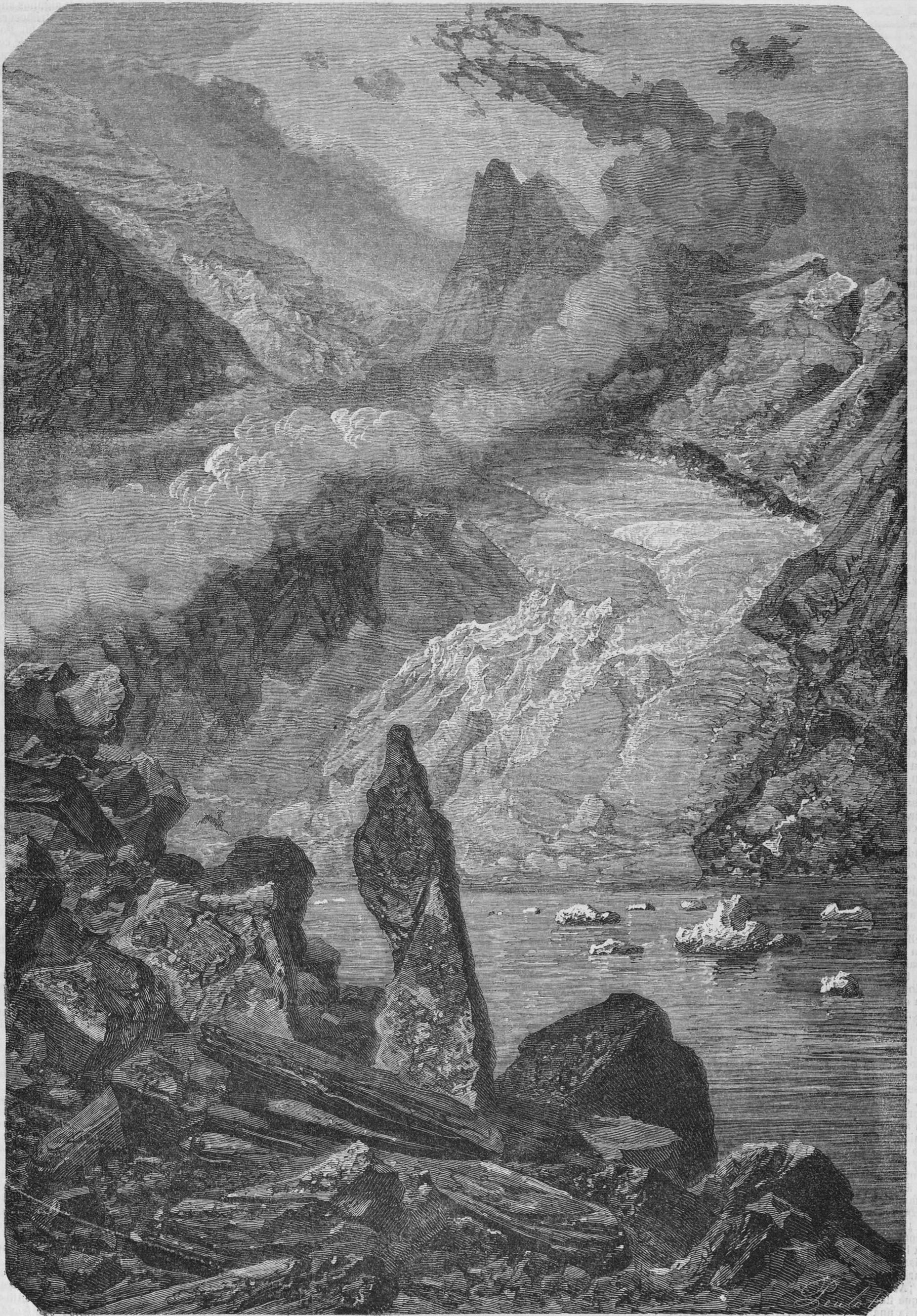
Las poblaciones ribereñas del Loire son tambien muy aficionadas á ese juego; y así es que figura en todos los programas de fiestas oficiales. E. F.



ALANÇON

FIESTAS DE LAS CERCANIAS DE PARIS. — Las justas acuáticas

W. J. LEITCH



FRANCIA PINTORESCA. — Ventisquero y lago del Echauda, valle de Vallouise (Altos Alpes).

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,018).

Por las noches tomaba parte en las orgías de aquellos miserables cuya sociedad le agradaba, con ellos bebía y juraba, haciendo muchas veces el gasto, pero sin excederse nunca de lo que creía poder gastar, sin querer tomar nunca parte en sus criminales empresas, temiendo comprometer su vida que Poole hacia tan segura y tan agradable. Aquella admirable energía de otro tiempo parecía adormecida por los dolores que atormentaban todos sus miembros, efecto de los excesos que habian combatido aquella naturaleza robusta. A veces le exasperaban de tal modo sus dolores, que si alguno de sus desgraciados compañeros le faltaba al respeto, olvidando la prudencia con que debía tratarle, le proporcionaba el consuelo de descargar sobre él su terrible cólera. Su mano era tan pesada y su brazo tan robusto como en su juventud.

Jorge Morley habia sido bien informado. Aquellos salteadores y asesinos, de cuyos peligros no queria participar, aunque se complacia en alternar con ellos en sus orgías, miraban á Jasper con terror. Ser el terror de aquellos bribones, así como habia sido antes la admiracion de las mujeres, era lo que mas halagaba su vanidad, el último placer que le restaba.

Pero con aquella conducta provocaba un peligro que su ciega arrogancia no podia comprender. Sus buenos compañeros empezaban á cansarse de aquel hombre. Jasper habia sido perfectamente acogido entre aquella gente, gracias á la recomendacion de sus confederados de Paris, y á la reputacion de arrojado y poco escrupuloso que habia merecido á Cutts, hombre de gran valia entre aquellas misteriosas tribus, que hacia de vez en cuando algunas correrias al continente, de las cuales volvía sano y salvo como el Judío Errante.

Pero cuando vieron que aquel Aquiles de los griegos no sabia hacer mas que echar baladronadas, utilizando solo su talento en provecho propio, empezaron á cansarse de sus maneras imperiosas y á dudar de su fidelidad en la causa comun. Además, Cutts que tanto habia alabado á Jasper al principio como una gran adquisicion para los hijos de la noche, mudó de tono, é insinuó que no habia que fiar mucho de aquel bravo, porque su carácter indiferente y su indiscrecion cuando se embriagaba, hacian de él un cómplice poco seguro para un proyecto arriesgado, y además le creia tan poco escrupuloso, con tan poca simpatía hacia los de su clase, que seria capaz de ejercer algun dia el oficio de espía ó de delator; en una palabra, en su opinion debian deshacerse de él.

Sin embargo, la fuerza física de aquel Hércules les intimidaba, y no se atrevian á atacarle frente á frente á pesar de su superioridad numérica. Ninguno queria poner el cascabel al gato, y á un gato como él. Entonces convinieron en desembarazarse de él por medio de la ley.

Nada mas fácil para aquella gente avezada al crimen que cometer un acto de violencia, hacer que recayesen en él todas las sospechas, prevenir secretamente á la justicia y hacerle condenar por medio de falsos testigos. En una palabra, Jasper se encontraba como una avispa en un hormiguero.

Aterradas por la magnitud y la fuerza del intruso, aquellas honradas hormigas resolvieron hacerle salir de su poblacion muerto ó vivo. Jasper iba á recibir probablemente su castigo por un crimen, del cual estaba tan inocente como una criatura que aun no ha salido del vientre de su madre.

En estas circunstancias volvemos á encontrarnos en presencia de Arabela Crane.

Arabela estaba sentada al lado de una ventana de un piso alto de una casa que daba á una calle estrecha. La persiana estaba echada, pero ella la levantaba un poco por un lado y miraba al exterior. Cerca de la chimenea se distinguía un individuo de una forma vaga, semejante á un gnomo, sentado en una silla de paja, en cuya posicion casi le llegaban las rodillas á la barba.

En aquel ser extraño se notaba cierta cosa tan indefinida, tan insustancial, que podria considerarse como una ilusion óptica, como un fantasma próximo á desvanecerse; sin embargo hablaba, su voz se oia distintamente aunque su acento se asemejaba mas bien á un silbido.

Cuando cesó de hablar, Arabela Crane, sin volver la cabeza, dijo tambien en voz baja.

— ¿Estais seguro de que Losely mientras pueda sacar todas las semanas lo que necesita para sus gastos de la bolsa de ese hombre que está á merced suya, persistirá en el mismo género de vida? ¿No podeis avisarle del peligro que le amenaza?

— ¡Acusar á mis compañeros! No me atrevo. No hay que fiarse de Losely. Excitado por la embriaguez, armaria una terrible, cogeria á dos ó tres por el cuello, y empezaria á darles á unos sobre otros hasta romperles el cráneo; despues repetiría lo que yo le

dijera, saldrian á relucir los cuchillos, habria puñaladas y uno ó dos cadáveres irian á parar al Támesis, el mio de seguro, el suyo quizás.

— ¿Decis que podeis retardar dos ó tres dias el complot fraguado en contra suya?

— Dos dias, sí. Yo me alegraria mucho de salvar al general Jas. Es un buen compañero, y si no se destruyera con el aguardiente, podria ser de los primeros en nuestro oficio. Pero ahora no sirve para nada.

— ¡Ah! ¿decis que el aguardiente le mata?

— No, no será el aguardiente lo que le mata si continúa bebiendo entre esa gente.

— ¿Y si deja de tener dinero para gastarlo entre esos terribles compañeros no querrá volver á frecuentar sus reuniones? Teneis razon. Esa misma vanidad que le hace representar con orgullo el papel de opulento entre esos hombres, le impedirá presentarse en medio de ellos como un mendigo.

— Si no tuviera con que pagar la suscripcion mensual se le podria cerrar la puerta de nuestro club. Eso desean mis compañeros, tener una excusa para librarse de su presencia. Si no pueden conseguir su objeto por medios legales, tendrán que apelar á la astucia. El único peligro que corre Losely es aquel de que tantas veces le habeis salvado. En un momento de desesperacion puede cometer cualquier violencia, un robo en medio de la calle ¿qué se yo? El tiene valor para cualquier crimen; pero no tiene reflexion para combinar un plan que impida lleguen á descubrirle. Vos sabeis que yo tengo bastante influencia sobre mis compañeros para impedirles que tomen parte en las empresas arriesgadas que él pueda proponerles ó le admitan en las suyas (si él llega á solicitarlo), porque saben que soy un buen consejero. Ellos me respetan, la justicia nunca se ha entrometido en mis negocios, y cuando yo les diga: « Ese hombre bebe, habla demasiado y puede darnos que sentir, » ninguno querrá juntarse con él. Pero yo no podré impedir que en un momento de embriaguez haga una barrabasada.

— ¿Pero me prometeis seguir siendo su confidente y enterarme de todos sus proyectos?

— Sí.

— Ahora es preciso que él venga á buscarme. Y esta vez tengo mas confianza que nunca por el estado de su salud, por lo que le ha aniquilado esa vida criminal. M. Cutts, venid aquí, quedito. Mirad... No temais, no puede veros desde abajo y además os oculta la persiana. ¿No le veis?

Arabela le señalaba una habitacion del piso bajo de la casa de enfrente. Una luz rojiza iluminaba aquel aposento y permitia ver un hombre sentado en una silla con la cabeza reclinada sobre sus brazos apoyados en una mesa encima de la cual habia una botella y un vaso.

— Así pasa las mañanas, dijo Arabela Crane con una voz que expresaba su compasion. Miradle: ¿Es ahora tan temible? ¿Os inspira ahora miedo?

— Sí, ciertamente, me inspira miedo, murmuró Cutts. Solo está adormecido, y puede salir de ese estado con la misma facilidad que un perro de presa cuando siente entrar una rata en su perrera.

— M. Cutts, vos decís que lleva constantemente encima la vieja cartera que segun da á entender contiene su fortuna, ó en otros términos los papeles de que se vale para arrancar á su desgraciada victima ese dinero que es ahora la causa de los peligros que corre. ¿Hay en el mundo algun bolsillo que vos no podais desocupar ó hacer que otros lo desocupen? Cincuenta libras si me traeis la cartera en el término de tres horas.

— Cincuenta libras no es bastante; el hombre que él explota me daria el doble si yo le pusiera en posesion de esos papeles.

— Es posible; pero Losely no es tan cándido que pueda haberlos dado los suficientes datos para que podais emprender las negociaciones. Aun cuando el nombre y las señas de esa persona se encuentren entre esos papeles, no podriais hacer uso de ellos sin exponeros á que Jasper cayera sobre vos. Pero aun cuando no tuiérais que temer á Jasper, no os seria mas fácil por eso caer sobre su victima, porque no conocéis los pormenores de ese negocio, y de nada os podrian servir unas cartas escritas en un lenguaje vago, incoherente. Además ese sugeto, puedo decirlo, es un hombre valiente y vigoroso comparado con otro cualquiera que no sea Jasper; os cogeria por el cuello y podriais consideraros por muy dichoso, si saliais de su casa magullado y sin las cartas. ¡Bah! ¡bah! vos sabeis eso tan bien como yo, si no ya le hubiérais quitado la cartera utilizando esos papeles. Cincuenta libras por la cartera, si la poneis en mi mano dentro de tres horas; otras cincuenta libras dentro de tres meses, si de aquí á entonces no tiene ningun percance Jasper Losely. ¡Miradle! No se mueve. Debe estar profundamente dormido, Ahora es la ocasion.

— ¡En su casa! ¡de ningun modo! dijo Cutts con desprecio. No tardaria en saber quién se la habia quitado, y en ese caso ¿qué seria de mí mañana? No. En las calles. Las calles pertenecen á todo el mundo, cualquiera tiene derecho de desocupar en ellas los bolsillos de los transeuntes. Dentro de tres horas tendreis aquí la cartera.

VII.

Poole estaba de sobremesa con su esposa. Aquel dia habia hecho un buen negocio; su hijo Johnny podrá

regocijarse por aquel negocio dentro de algunos años; en cambio otros Johnny tendrán que entristecerse; pero cada uno mira su interés en este mundo. Poole gozaba de la sonrisa de aprobacion de su amable compañera. Acababa de llenar su copa de un venerable Oporto que de la bodega de su tío Samuel habia pasado á la suya. Por afuera prosperaban sus negocios, en su interior gozaba de la felicidad conyugal.

Indudablemente Adolfo Poole es un hombre digno de envidia. ¿Lo indica así su semblante? ¡Ah! no, solo es una sombra de lo que era hace algunos meses. Sus megillas están mas pálidas, ha enflaquecido espantosamente, en sus ojos se nota cierta expresion de inquietud y de temor, en sus labios una contraccion nerviosa.

A cada momento mira un hermoso reloj de Paris colocado encima de la chimenea, cambia de postura, y dirige á su mujer, al ángel de la casa, algunas palabras ásperas. Ella le pregunta qué tiene y él sin responderla llena su copa y contempla el fuego viendo en los carbonces encendidos extrañas visiones.

Mañana debe venir el espectro de todas las semanas. Mañana el puntual Jasper Losely al dar el reloj las once se presentará para recordarle su pasado, aquel pasado que puede destruir su porvenir. Poole temblaba al pensar que Jasper podia revelar aquel secreto á pesar de la cantidad que le entregaba todas las semanas, en su misma casa.

¿Confiaría á otra persona el secreto de aquel pago? ¡Horror! ¿Iria á casa de Losely para entregarle allí el dinero? De ningun modo. ¿Le daria una cita en alguna calle corriendo el riesgo de que le vieran con semejante amigo? ¡El, un hombre respetable con semejante canalla! ¡Oh! ¡ignominia!

Las dos ó tres últimas visitas de Jasper habian sido extremadamente desagradables para Poole. Aquel hombre le habia hablado en alta voz.

Poole temia que su mujer escuchara por la cerradura. Jasper al salir habia encontrado en el corredor á la criada y la habia dado un abrazo. La criada se quejó á su señora diciendo que se marcharia de la casa si volvía á ser insultada por tan horrible pillastron.

¡Hé aquí á lo que habia venido á parar aquel pobre seductor! Mrs. Poole demostraba cada vez mas deseo de conocer la causa de aquellas visitas extraordinarias.

Mientras su marido atizaba el fuego, secretamente irritada por sus bruscas é impolíticas palabras, pero siguiendo la conducta de esas esposas incomparables que dueñas de sí mismas, no responden nunca directamente á una palabra ofensiva sino por medio de una ironía sangrienta, Mrs. Poole dijo á su esposo con la mayor dulzura:

— Amigo mio, no podemos saber por qué estais de tan mal humor; pero eso no durará mucho, Adolfo. Mañana vendrá ese hombre de tan mala catadura. Siempre viene el mismo dia de la semana.

— Reprimid vuestra lengua, Mrs. Poole.

— Sí, Adolfo mio, sí, yo me callaré. Pero es preciso que no os dejeis alucinar por las exigencias de los mendigos; porque yo sé que ese hombre es un mendigo; uno de esos petardistas, que os engañaba cuando érais soltero, pobre inocente Adolfo, y hoy con vuestro buen corazon no podeis verle en ese estado miserable; pero es preciso que eso tenga un término.

— ¡Mrs. Poole! ¡Mrs. Poole! ¿Quéreis cesar en vuestras impertinencias?

— ¡Pobrecito mio! dijo aquella esposa angelical haciendo asomar las lágrimas á sus ojos. Ahora tendreis quien os aconseje, porque todo se lo he dicho á papá.

— ¡Se lo habeis dicho! exclamó Poole. ¿Se lo habeis dicho á vuestro padre?

Y la expresion de su rostro heló de espanto á mis tres Poole.

Hacia bastante tiempo que tenia la sospecha de que su marido debia tener algun motivo oculto para someterse con tanta facilidad á la insolencia de aquel hombre grosero. Sabia que no era muy valiente y creia que aquel hombre le intimidaria con amenazas de violencias personales.

Aquel hombre seria probablemente algun pariente pobre, ó tal vez le habria arruinado Poole en aquellas malditas carreras de caballos á que habia sido tan aficionado en otro tiempo, ó por medio de alguna reciente especulacion mercantil. Pero al ver aquella alteracion en el rostro de Poole adivinó una parte de la verdad.

Al mismo tiempo llamaron á la puerta con un violento campanillazo. Poole se levantó y salió al corredor. Su mujer permaneció inmóvil; por la vez primera tenia miedo de su marido. A su oído llegó una voz de mujer y despues una exclamacion de alegría de Poole. Con el corazon mas tranquilo salió maquinalmente al corredor, á tiempo que un vestido de color gris de hierro desaparecia en el gabinete de Poole; este saludó con amabilidad á aquella señora y viendo á su mujer al ir á cerrar la puerta se acercó á ella y le dijo en voz baja:

— Subid arriba y no os movais de allí.

Pronunció estas palabras con un acento tan imperioso que Mrs. Poole obedeció sin replicar.

Poole volvió á entrar en su gabinete cerrando cuidadosamente la puerta y quiso asir las manos de aquella señora; pero ella le rechazó, rehusó el asiento que le ofrecia y le habló de pié, secamente y con frialdad.

— M. Poole, le dijo, solo tengo que decir cuatro palabras. Las cartas de que Jasper Losely se valia pa-

ra sacaros dinero, ya no están en su poder, yo soy la que las poseo. Ya no debeis temerle, ya no le tendreis que dar nada.

— ¡Oh! exclamó Poole cayendo de rodillas. Es un padre de familia el que os da las gracias. Mi niño menor aun no tiene seis semanas. ¡Bendita seais!

— ¡Callad! No digais esas locuras. Yo no os devuelvo esos papeles ni los quemó. En lugar de permanecer á merced de un hombre que casi siempre está embriagado, y que á cada momento muda de resolución, estais en poder de una mujer vigilante, siempre en su sano juicio. Estais en mi poder y tendreis que hacer lo que yo os mande.

— Vos no podeis exigir de mí nada que no sea justo; estoy seguro, dijo Poole, con menos entusiasmo. Mandad lo que gustéis. Pero esos papeles de nada pueden servir, y yo los pagaré con generosidad.

— Callad y escuchadme. Yo guardo estos papeles para que Jasper Losely no sepa que han pasado por mis manos, y para que no hagais nada que pueda perjudicarle. Si le haceis traicion, si quereis entregarle á la justicia, haré uso de estos documentos. Si me obedecéis nada tendreis que temer. Cuando Jasper Losely venga á veros mañana decidle que os enseñe esas cartas. Él no podrá hacerlo y buscará excusas. Negaos entonces terminante, pero sin insultarle (ya sabeis cuán terrible es su carácter), negaos á darle dinero. Quizá os acusará entonces de haber inducido á alguno á que le robe la cartera; dejadle hablar. Esperad. Vuestras ventanas son bajas. Dan al jardín. Perfectamente. Colocad tres agentes de policia en ese jardín, enfrente de la ventana. Si os amenaza se los hareis ver; en caso necesario llamados en vuestro auxilio ó corred á refugiarnos á su lado. Pero cuando salga de aquí, dejad que se marche libre, es necesario que nadie le moleste. Ya podreis encontrar una excusa para justificar vuestra generosidad; podeis decir que es un antiguo amigo que se encuentra en un miserable estado, que ha incurrido en el vicio de la bebida y en algunos momentos se encuentra privado de razon; en fin la historia que os parezca. Al otro día si quereis podeis salir de Lóndres por algun tiempo; os aconsejo que lo hagais. Pero yo he quitado á Jasper el poder de haceros daño y es muy probable que no vuelva á molestaros. Yo conozco su carácter. Hemos concluido. Abridme la puerta, caballero.

VIII.

Al día siguiente, poco despues de las doce, Jasper Losely volvia de Alhambra Villa, furioso, desesperado, no sabiendo dónde encontraría pan, ni sobre quién desfogar su cólera, cuando de repente, en una calle tranquila á medio construir, que cruzaba desde el arabal á New-Road, se encontró de pronto con Arabela Crane.

Esta salia de uno de esos rectos caminos que se cruzan en todas direcciones y caracterizan la forma nebulosa de una poblacion. Aquella mujer y aquel hombre se encontraban frente á frente. Aquel lugar estaba desierto, á cierta distancia se veian estacionados los carruajes de alquiler; en torno de ellos los armazones de los edificios en construccion rodeados de cal y ladrillos y guarnecidos de andamios, semejantes á lividos espectros entre la densa niebla.

Al encontrar á Arabela parada en su camino, Losely retrocedió, y en la supersticion que hacia largo tiempo habia asociado la imágen de aquella mujer á la ruina de sus proyectos y á sus peligros, la sangre circuló tan rápidamente en sus venas que oia los latidos de su corazon.

MRS. CRANE.

¡Hola! No podemos menos de encontrarnos, querido Jasper, por mas que procureis evitarlo.

LOSELY.

Yo... yo... Siempre me sorprendéis del mismo modo. ¿Con que estais en Lóndres? ¿Seguís viviendo en vuestra antigua casa?

MRS. CRANE.

¿Por qué haceis esa pregunta? ¿Qué os importa saber dónde vivo si no habeis de ir á verme? Pero ¿cómo os va? ¿Qué haceis? ¿Cómo vivís? Parecis enfermo. ¡Pobre Jasper!

LOSELY, con despecho.

No me tengais lástima y dadme dinero.

MRS. CRANE, pasando con calma el brazo de Jasper, que se ha levantado mas bien en señal de amenaza que de súplica, por debajo del suyo y apoyando en él su mano descarnada, á cuyo contacto se estremece el gladiador lleno de espanto.

Ya os he dicho que siempre me encontrareis en todos vuestros apuros; y así ha de ser, Jasper, hasta que vuestro brazo sea tan impotente como el polvo que pisamos. Vamos, no tengais miedo de mí, contádmelo todo. ¿Qué os ha sucedido?

Jasper, á quien estas palabras recordaron su reciente descalabro, empezó á lanzar maldiciones contra Poole, confió á Mrs. Crane la historia de sus derechos so-

bre aquel individuo, refirió cómo habia perdido la cartera, y cómo le habia desarmado Poole.

— ¡El cobarde! murmuró rechinando los dientes, saltó por la ventana; en su jardín habia tres agentes de policia. Debe haber pagado algun ratero para apoderarse de la cartera. Pero yo lo sabré todo y entonces...

— Y entonces, Jasper: ¿qué adelantareis? Las cartas han desaparecido y Poole os tiene en su poder si seguís amenazándole. Ahora, escuchadme: ¿no habeis asesinado vos á ese italiano que han encontrado allá abajo en el campo, con una estocada, la semana pasada? Ofrecen cien libras de recompensa al que entregue al asesino.

— Yo, no. ¿Cómo teneis sangre fria para hacerme esa pregunta? Nos batimos en toda regla; yo no asesino nunca. Si fuera capaz de hacerlo empezaria por Poole.

— Pero yo os lo digo, Jasper, se supone que le habeis asesinado; á vos os acusarán por ese crimen, y si no hubiera tenido la fortuna de encontraros, por ese asesinato seriais juzgado y condenado á muerte.

— ¿Hablais seriamente? ¿Quién podria acusarme?

— Los que saben que no habeis cometido ese crimen; los que sabrán haceros aparecer culpable; los miserables con quienes os reunís y bebeis y armáis riñas. ¿No he tenido siempre razon en los consejos que os he dado?

— Esto es horrible, murmuró Losely, pensando no en la conspiracion fraguada contra su vida, sino en la presciencia de que estaba dotada aquella mujer. Aquí hay algo de brujeria. ¿Cómo habeis averiguado eso?

— Eso me lo reservo. Básteos saber que tengo razon. No volvais á reuniros con esa canalla. Salid de Lóndres, huid. Creedme.

— ¿Y dónde quereis que vaya?

— Mirad, Jasper. Vos habeis ya cansado á este mundo viejo; para vos no hay mas refugio que el nuevo mundo. Id adonde ha ido vuestro padre. Yo os prometo que no careceis de nada. No podeis descubrir el paradero de Sofia. Todas vuestras tentativas contra la bolsa de Darrell han sido inútiles. Consentid en marchar á la Australia, y yo me comprometo á aseguraros una renta mayor de la que sacábais á Poole.

— ¿Y supongo que vendreis conmigo? dijo Losely con enojo.

— Iré con vos si quereis. Yo siempre deseo acompañaros.

Jasper dió un salto lleno de rabia.

— Mujer, no me importuneis mas, ó...

— ¿Me matareis? No, no os atreveis. Sostened mi mirada si podeis. No os atreveis. Tocad un cabello de mi cabeza, y vuestros momentos serán contados. Pero aunque estuviéramos los dos en un desierto, aunque nadie pudiera veros, aunque nadie pudiera oír mis lamentos, nada temeria de vos. Yo que he pagado con beneficios vuestras ofensas; yo que he velado por vos; yo que os he librado de tantos enemigos y de tantos peligros; yo, que ahora que todo el mundo huye de vos, ahora que careceis absolutamente de recursos, os digo: «¡Participad de mis riquezas, pero sed honrado!» ¡Yo habia de ser maltratada por vuestro brazo! No; ese crimen seria demasiado horrible. El cielo no lo permitiria. Intentadlo y vuestro brazo caerá paralizado.

Jasper bajó sus ojos inyectados de sangre sin poder sostener la mirada fija y brillante de aquella mujer, y sus labios blancos y trémulos se negaron á pronunciar la imprecacion en que su naturaleza brutal concentraba sus temores y su odio. Siguió caminando en silencio hasta que algunas palabras de Arabela reanimaron el último resorte de su ánimo.

Arabela le habia aconsejado que dejase el antiguo mundo por el nuevo; aquella proposicion era exactamente la misma que le habian transmitido en nombre de Darrell. Si aquella proposicion tan repugnante á la indolencia que cada vez se apoderaba mas de su espíritu, debia aceptarla al fin, preferia embarcarse solo, ser dueño de sí mismo y no depender como un esclavo de aquella aborrecida bienhechora que no dejaba de perseguirle. La desesperacion le determinó á aceptar lo que hasta entonces habia rechazado. Iria á buscar á Darrell y sacaria de él el mejor partido posible. Despues de tomar interinamente aquella resolucion, sus nervios irritados se calmaron, y sus pensamientos volvieron á recobrar en parte su antigua astucia á medida que la idea de escapar á la vigilancia y á la proteccion de Mrs. Crane tomó en su espíritu una forma definitiva.

— Sí, dijo por último, disimulando su repugnancia y haciendo un esfuerzo por dar á su voz las suaves inflexiones de otro tiempo; vos sois ciertamente la mejor de las criaturas, y como decís:

Aunque yo fuera un monstruo de perfidia No tendria poder para ofenderos.

La Australia me inspira horror, os lo confieso. No me gustan las largas navegaciones. No encuentro atractivos en un viaje tan largo; además ya no soy joven, aunque debia serlo; pero si insistís, si teneis en realidad la condescendencia de acompañarme, á pesar de todas las ofensas que os he hecho, me decidiré á partir. En cuanto á ser honrado, preguntadles á esos infernales bribones, que segun decís quieren deshacerse de mí, y os dirán que desde que he vuelto á Inglaterra soy tan inocente como un cordero; y ese es mi

crimen á sus viles ojos. Desde que ese infame Poole me daba lo necesario para atender á mis humildes necesidades se operó en mí una reforma completa. Yo seguí en tan buen camino. Ahora me contento con poco. Decís que la Australia es el país que mas me conviene. ¿Cuándo nos embarcaremos?

— ¿Hablais con formalidad?

— Ciertamente.

— Entonces me informaré de los días en que salen buques. Venid á mi antigua casa, y juntos haremos todos los preparativos. ¡Oh! Jasper Losely, no dejéis escapar esta última probabilidad de evitar todos los peligros que os cercan.

— No, yo estoy cansado de la vida, estoy cansado de todo, excepto del reposo. Arabela, padezco horriblemente.

Y al pronunciar estas palabras exhaló un gemido, porque lo que decia era verdad. En aquel momento las punzadas del dolor que sentia, semejantes á la horrible dentellada de un lobo, le atormentaban de tal manera que su gemido fué semejante á un bramido. La antigua fábula de Hércules envuelto en la túnica emponzoñada debió ser inventada seguramente por un práctico fisiólogo, para demostrar que en las naturalezas mas robustas el dolor puede llegar á los últimos límites. El corazon de aquella mujer adusta se enterneció por un momento. Arabela se detuvo, hizo que Jasper se apoyara en su brazo, enjugó las gotas de sudor que se desprendian de su frente, y le dirigió dulces palabras de consuelo. Aquel espasmo pasó súbitamente, como todos los dolores neurálgicos, con los sentimientos de gratitud y los remordimientos del paciente.

— Sí, dijo, iré á veros; pero entre tanto yo me encuentro sin un farthing. ¡Oh! no temais no volverme á ver si me dais dinero. Ahora no tengo mas remedio que recurrir á vos; porque me encuentro sin recursos.

— ¿Pero me jurais por lo mas sagrado, si es que existe aun algo sagrado para vos, me jurais no volver á buscar á esos hombres que conspiran para entregarnos en manos del verdugo?

— ¡Volver á verlos! ¡A esos cobardes é ingratos bribones! No, no; os lo prometo solemnemente. Lo que ahora necesito es el auxilio de un médico, y descanso, os lo repito, descanso, descanso.

Arabela Crane sacó su bolsa.

— Tomad lo que querais, dijo con dulzura.

Jasper, ya por engañarla, ó acaso porque las limosnas de aquella mujer repugnaban de tal modo á su extraño orgullo, que solo queria recibir de ella lo estrictamente necesario, cogió la tercera ó la cuarta parte de los soberanos que contenia aquella bolsa, y despues de algunas breves palabras para darle las gracias, se separó de ella, desapareciendo entre la niebla cuya densidad aumentaba á medida que la noche se iba aproximando, envolviendo en su oscuridad aquel barrio silencioso.

Arabela se fué con alguna esperanza. Tambien Jasper marchaba lleno de confianza. Para restaurar sus fuerzas comió poco y bebió mucho en una taberna que encontró en su camino, despues se dirigió á la casa de Darrell en Carlton Gardens. Allí supo que Darrell estaba en Fawley. Se dirigió apresuradamente á la estacion del camino de hierro, de donde salian trenes para la ciudad mas próxima á la antigua casa señorial; llegó á aquella ciudad sin contratiempo y pasó en ella la noche.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

(Se continuará.)

Viajes.

ABISINIA.

(Conclusion.—Véase el N^o 1,007).

El Taccazzé, conocido en la antigüedad con el nombre de Astaboras, es uno de los principales afluentes de la orilla derecha del Nilo. La hondonada por cuyo fondo corre, tiene mas de 2,000 piés de profundidad, y muchos árboles notables todos por la variedad de su especie, por la diversidad de su follaje y por el volumen de sus troncos. Dan sombra á las márgenes del río y forman contraste con la aridez del valle.

En la orilla izquierda se elevan los montes del Samen, masas sombrías y compactas que se elevan á grande altura, y muestran en sus cumbres prismas, pirámides, columnas de formas irregulares, como para recordar al viajero que no la mano del hombre, sino la de Dios, ha podido jugar con tales masas. Los puntos culminantes de esa gigantesca cordillera son el Silké, el Boait y el Detjem, cuya altura sobre el nivel del mar fijaron nuestros viajeros en el siguiente cuadro:

El Silke se encuentra á.	3,430 metros.
El Boait á.	4,300
El Detjem á.	4,600

De las observaciones que hicieron resulta que en el Samen hay siempre nieve, y que la cumbre de esos montes toca á la region de la congelacion perpétua. Pero aquí se ocurre una pregunta:

¿Si el Samen tiene siempre nieve, es esto decir que

la nieve allí sea perpétua?

Nuestros viajeros piensan lo contrario.

« Durante la estación de las lluvias, dicen en la relación que extractamos, el sol se encuentra entre el trópico de Cáncer y el ecuador, donde permanece desde el 21 de marzo hasta el 21 de setiembre. Los montes del Samen están situados á 13° de latitud Norte. El sol pasa dos veces por su cenit, la primera hacia el 23 de abril, avanzando hacia el Norte; la segunda hacia el 16 de agosto, volviendo hacia el Sur. En ese doble paso, el sol bañaría con sus ardientes rayos la superficie de los montes y la nieve se derretiría, si el astro glorioso no encontrara las densas nubes que cubren entonces todo el cielo, colgando como un telón delante de su cara. Con efecto, se necesita un tiempo brumoso y frío para que se conserven las nieves en esa región y tomen consistencia. Pasadas las lluvias, cuando el cielo limpio de nubes, permite á los rayos del sol que bañen las nieves, comienzan á derretirse, pero poco á poco, primero porque las tierras húmedas aun conservan mucha frescura, y luego porque el sol se aleja mas cada día gravitando hacia el trópico de Capricornio, adonde llega el 21 de diciembre.

» Desde ese día, el sol que vuelve hacia el ecuador, la atmósfera pura y serena, todo favorece el deshielo, y así es que las nieves merman rápidamente, y en cuanto el sol ha pasado la línea, ya no se ven mas en las vertientes meridionales. Sin embargo, las que están expuestas al Norte y abrigadas por las rocas, no han sentido directamente la influencia de los rayos solares, y persisten. Solo cuando el sol pasa verticalmente sobre el Samen, esto es, hacia el 25 de mayo, podrían derretirse completamente; pero entonces se ha concluido la buena estación, se forman las nubes y comienzan las lluvias periódicas, y con ellas las nieves.

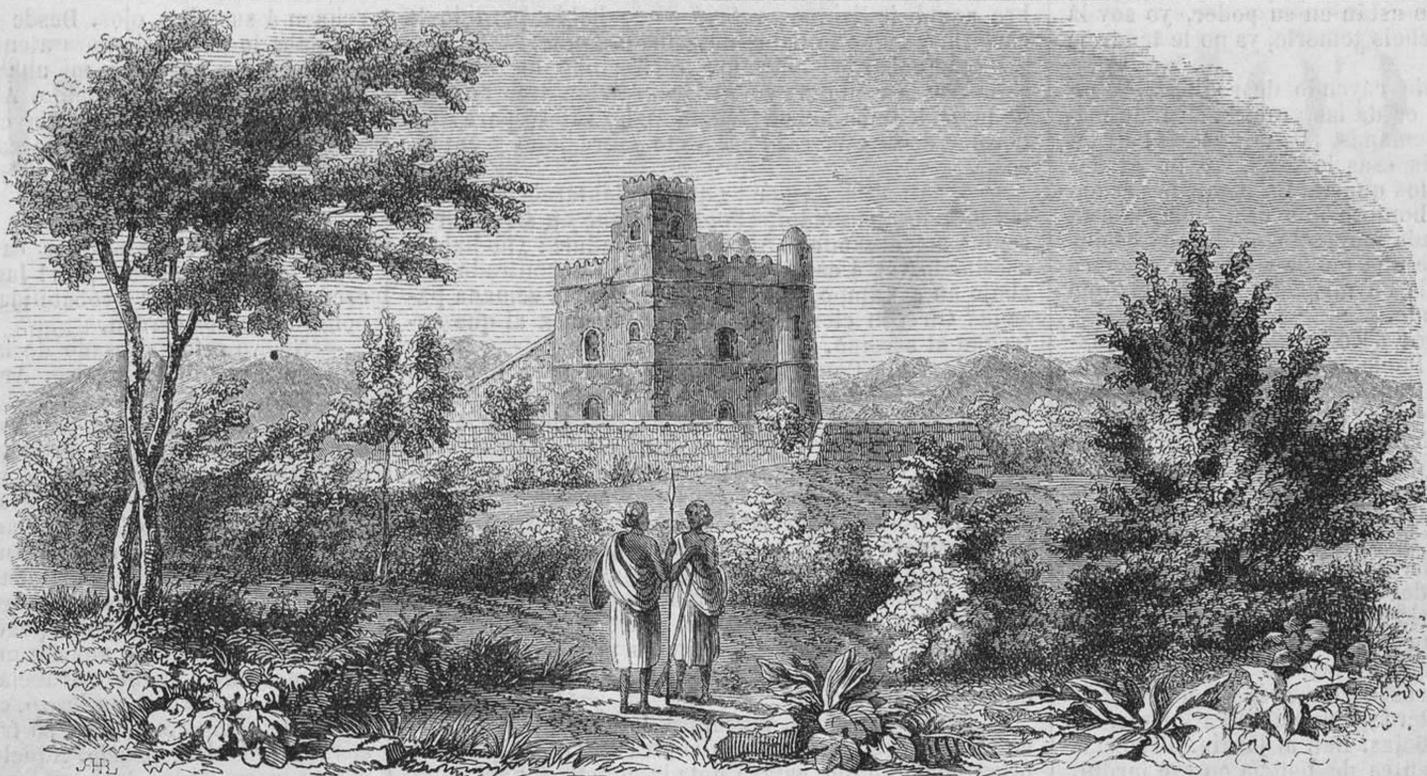
» Así pues, aunque no haya en Abisinia nieves perpétuas, no es menos cierto que todo el año se encuentra nieve en los montes del Samen, lo que consiste no solo en la altura de la cordillera, sino principalmente en la época de la estación de las lluvias, pues si estas cayeran en otro tiempo, pasarían algunos meses durante los cuales las cumbres del Samen se limpiarían de nieve. Bastaría, por ejemplo, que el cielo estuviese sin nubes cuando pasa el sol verticalmente sobre el Samen.»

Estas interesantes observaciones sobre las nieves en Abisinia, con otras sobre la vegetación, el curso de los ríos, la constitución de los montes, han servido para rectificar la geografía física y botánica de esa región del Africa; pero ¡qué de trabajos y penalidades costaron á los viajeros!

Un mes después de la salida del campamento de Sambre, cuando llegaron á las puertas de Gondar, estaban enfermos, rendidos de cansancio.

Acercábase la noche, y nuestros viajeros entraban en Gondar sin saber en donde hospedarse, pues no hay posadas en la capital de la Abisinia.

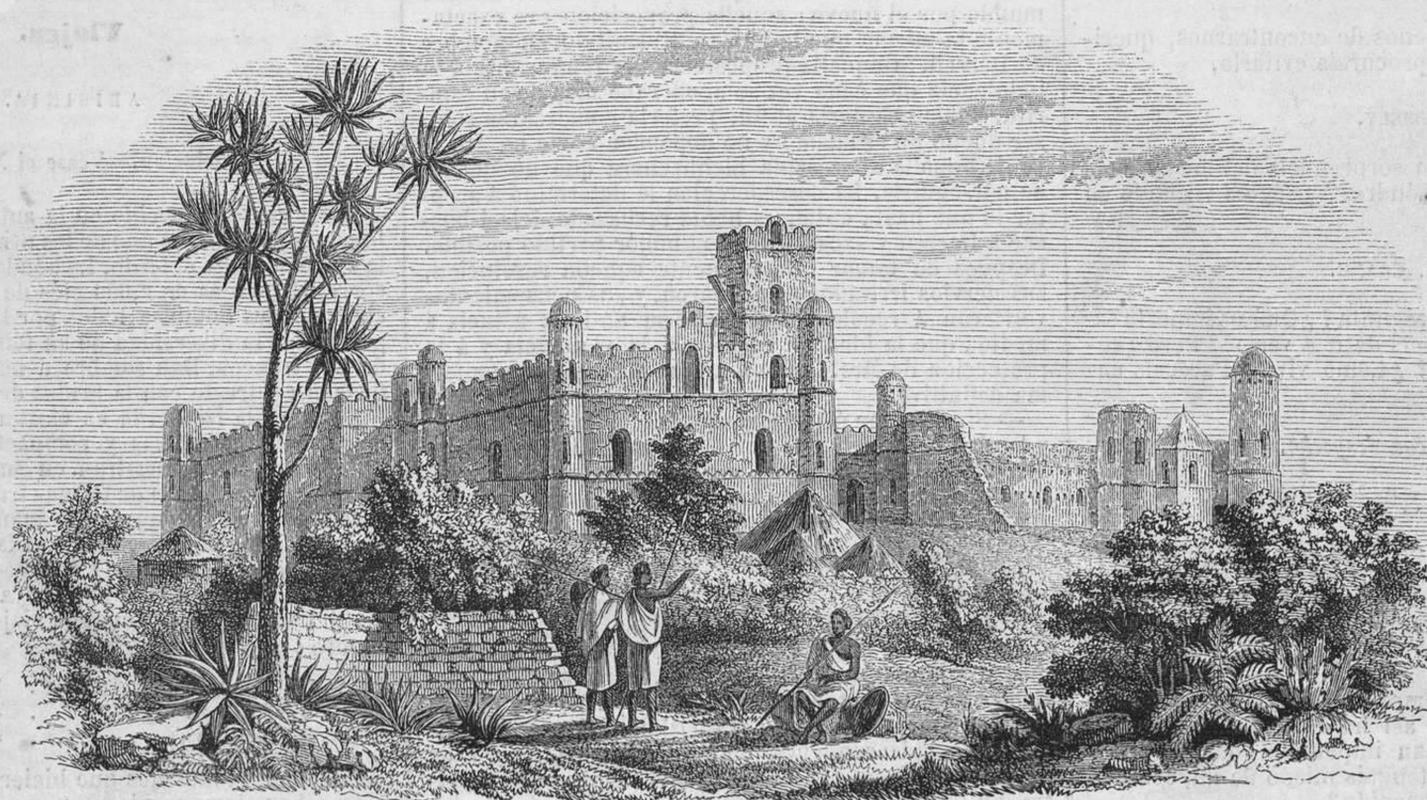
Sin embargo, un



ABISINIA. — Palacio del Ras, en Gondar.



Mujer abisinia moliendo grano.



Palacio del emperador, en Gondar.

abisinio les proporcionó albergue.

« Gondar, escriben nuestros viajeros se encuentra, á 12° 36' 23" 5 de latitud Norte, y 33° 41' al Este del meridiano de París. La población está situada en la planicie de uno de los contrafuertes meridionales de la cordillera de montes que limita al Sur el vasto llano de Waggara. Dominada solo por el Norte, la planicie se halla rodeada por un valle escarpado y profundo. Tiene dos riachuelos, el Angueteb al Este, y el Kaha al Oeste, que se reúnen á corta distancia de sus fuentes y entran juntos en el lago Dembra.

» Salvo su posición, que es magnífica, pues domina al S. un vasto espacio, la población nada

notable ofrece. Es lisa y llanamente una confusa aglomeración de casas mal construidas, sembradas aquí y acullá, sin ningún orden, y separadas entre sí por corrales, huertas ó espacios libres, que podrían pasar por plazas públicas. La casa abisinia es invariable con su techumbre cubierta de paja. Las calles por donde circula la gente, son senderos tortuosos, mal trazados, obstruidos con piedras y escombros. Un solo barrio presenta como un rudimento de calle y de plan general, y es el del *Etchequié-Bet*, barrio sano, y donde los habitantes disfrutaban de cierta seguridad. De aquí procede que para economizar espacio han edificado con mas orden.

» A poca distancia de ese barrio, y casi en el centro de la población, se elevan majestuosamente dos vastos edificios que los portugueses levantaron en el siglo XVI. El uno es el palacio del Ras y el otro el del emperador. Este último, mas notable por la construcción y el espacio que ocupa, tiene la forma de un ancho cuadro flanqueado de torres y altas murallas almenadas que le dan el aspecto de un castillo fuerte de la edad media.

» Esos palacios dominan toda la población. Desdeñando las chozas que les rodean, se levantan allí como un testimonio irrecusable de la superioridad europea. Sin embargo, aunque no tienen mas de dos siglos, se caen en ruinas. Es de creer que sirvieron de morada á poderosos soberanos. ¿Qué ha sido de ellos? Los palacios se hunden, la dinastía desaparece, y la fortuna de Gondar parece haber recibido el mismo golpe que la de los emperadores.»

Nuestros viajeros permanecieron dos meses en la capital de Abisinia, tanto para fijar su posición, como para estudiar la religión, las costumbres y el comercio del país; y terminada esta tarea, fueron á explorar las provincias que forman los Estados de Ras-Alí.

Treinta y cinco días después de su salida de Gondar se encontraron reunidos en Messawah, puerto mal sano donde reina un calor sofocante.

Temiendo que les sorprendieran las enfermedades, se proporcionaron una barca y marcharon al punto á Cosseir. Atravesaron el desierto para ir á visitar las ruinas de Tebas, bajaron después el Nilo y se embarcaron en Alejandria para Marsella.

Su viaje duró tres años y ocho meses.

R. S.